

minante y pertenece a su constante tradición, la impulsa a dirigirse al mundo en el cual, no obstante el progreso técnico-económico, la pobreza amenaza con alcanzar formas gigantescas. En los países occidentales existe la pobreza múltiple de los grupos marginados, de los ancianos y enfermos, de las víctimas del consumismo y, más aún, la de tantos prófugos y emigrados. En los países en vías de desarrollo se perfilan en el horizonte crisis dramáticas si no se toman a tiempo medidas coordinadas internacionalmente.

58. El amor por el hombre y, en primer lugar, por el pobre, en el que la Iglesia ve a Cristo, se concreta en la *promoción de la justicia*. Esta nunca podrá realizarse plenamente si los hombres no reconocen en el necesitado, que pide ayuda para su vida, no a alguien inoportuno o como si fuera una carga, sino la ocasión de un bien en sí, la posibilidad de una riqueza mayor. Sólo esta conciencia dará la fuerza para afrontar el riesgo y el cambio implícitos en toda iniciativa auténtica para ayudar a otro hombre. En efecto, no se trata solamente de dar lo superfluo, sino de ayudar a pueblos enteros —que están excluidos o marginados— a que entren en el círculo del desarrollo económico y humano. Esto será posible no sólo utilizando lo superfluo que nuestro mundo produce en abundancia, sino cambiando sobre todo los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad. No se trata tampoco de destruir instrumentos de organización social que han dado buena prueba de sí mismos, sino de orientarlos según una concepción adecuada del bien común con referencia a toda la familia humana. Hoy se está experimentando ya la llamada “economía planetaria”, fenómeno que no hay que despreciar, porque puede crear oportunidades extraordinarias de mayor bienestar. Pero cada día se siente más la necesidad de que a esta creciente internacionalización de la economía correspondan adecuados órganos internacionales de control y de guía válidos, que orienten la economía misma hacia el bien común, cosa que un Estado solo, aunque fuese el más poderoso de la tierra, no es capaz de lograr. Para poder conseguir este resultado, es necesario que aumente la concertación entre los grandes países y que en los organismos internacionales estén igualmente representados los intereses de toda la gran familia humana. Es preciso también que, a la hora de valorar las consecuencias de sus decisiones, tomen siempre en consideración a los pueblos y países que tienen escaso peso en el mercado internacional y que, por otra parte, cargan con toda una serie de necesidades reales y acuciantes que requieren un mayor apoyo para un adecuado desarrollo. Indudablemente en este campo queda mucho por hacer.

59. Así pues, para que se ejercite la justicia y tengan éxito los esfuerzos de los hombres para establecerla, es necesario el *don de la gracia*, que viene de Dios. Por medio de ella, en colaboración con la libertad de los hombres, se alcanza la misteriosa presencia de Dios en la historia que es la Providencia.

La experiencia de novedad vivida en el seguimiento de Cristo exige que sea comunicada a los demás hombres en la realidad concreta de las dificultades y luchas, problemas y desafíos, para que sean iluminadas y hechas más humanas por la luz de la fe. Esta, en efecto, no sólo ayuda a encontrar soluciones, sino que hace humanamente soportables incluso las situaciones de sufrimiento, para que el hombre no se pierda en ellas y no olvide su dignidad y vocación.

La doctrina social, por otra parte, tiene una importante dimensión interdisciplinar. Para encarnar cada vez mejor, en contextos sociales económicos y políticos distintos, y continuamente cambiantes, la única verdad sobre el hombre, esta doctrina entra en diálogo con las diversas disciplinas que se ocupan del hombre, incorpora sus aportaciones y les ayuda a abrirse a horizontes más amplios al servicio de cada persona, conocida y amada en la plenitud de su vocación.

Junto a la dimensión interdisciplinar, hay que recordar también la dimensión práctica y, en cierto sentido, experimental de esta doctrina. Ella se sitúa en el cruce de la vida y de la conciencia cristiana con las situaciones del mundo y se manifiesta en los esfuerzos que realizan los individuos, las familias, cooperadores culturales y sociales, políticos y hombres de Estado, para darles forma y aplicación en la historia.

60. Al enunciar los principios para la solución de la cuestión obrera, León XIII escribía: “La solución de un problema tan arduo requiere el concurso y la cooperación eficaz de otros” (114). Estaba convencido de que los graves problemas causados por la sociedad industrial podían ser resueltos solamente mediante la colaboración entre todas las fuerzas. Esta afirmación ha pasado a ser un elemento permanente de la doctrina social de la Iglesia, y esto explica, entre otras cosas, por qué Juan XXIII dirigió su encíclica sobre la paz a “todos los hombres de buena voluntad”.

El Papa León, sin embargo, constataba con dolor que las ideologías de aquel tiempo, especialmente el liberalismo y el marxismo, rechazaban esta colaboración. Desde entonces han cambiado muchas cosas, especialmente en los años más recientes. El mundo actual es cada vez más consciente de que la solución de los graves problemas nacionales e internacionales no es sólo cuestión de producción económica o de organización jurídica o social, sino que requiere precisos valores ético-religiosos, así como un cambio de mentalidad, de comportamiento y de estructuras. La Iglesia siente vivamente la responsabilidad de ofrecer esta colaboración, y —como he escrito en la encíclica *Sollicitudo rei socialis*— existe la fundada esperanza de que también ese grupo numeroso de personas que no profesa una religión pueda contribuir a dar el necesario fundamento ético a la cuestión social (115).

En el mismo documento he hecho también una llamada a las Iglesias cristianas y a todas las grandes religiones del mundo, invitándolas a ofrecer el testimonio unánime de las comunes convicciones acerca de la dignidad del hombre, creado por Dios (116). En efecto, estoy persuadido de que las religiones tendrán hoy y mañana una función eminente para la conservación de la paz y para la construcción de una sociedad digna del hombre.

Por otra parte, la disponibilidad al diálogo y a la colaboración incumbe a todos los hombres de buena voluntad y, en particular, a las personas y los grupos que tienen una específica responsabilidad en el campo político, económico y social, tanto a nivel nacional como internacional.

114. *Ibid.*, 13: *I.c.*, 107.

115. Cf. *Sollicitudo rei socialis*, 38: *I.c.*, 564-566.

116. Cf. *ibid.*, 47: *I.c.*, 582.

61. Fue "el yugo casi servil", al comienzo de la sociedad industrial, lo que obligó a mi predecesor a tomar la palabra en *defensa del hombre*. La Iglesia ha permanecido fiel a este compromiso en los pasados cien años. Efectivamente, ha intervenido en el período turbulento de la lucha de clases, después de la primera guerra mundial, para defender al hombre de la explotación económica y de la tiranía de los sistemas totalitarios. Después de la segunda guerra mundial, ha puesto la dignidad de la persona en el centro de sus mensajes sociales, insistiendo en el destino universal de los bienes materiales, sobre un orden social sin opresión, basado en el espíritu de colaboración y solidaridad. Luego, ha afirmado continuamente que la persona y la sociedad no tienen necesidad solamente de estos bienes, sino también de los valores espirituales y religiosos. Además, dándose cuenta cada vez mejor de que demasiados hombres viven no en el bienestar del mundo occidental, sino en la miseria de los países en vías de desarrollo, y soportan una condición que sigue siendo la del "yugo casi servil", la Iglesia ha sentido y sigue sintiendo la obligación de denunciar tal realidad con toda claridad y franqueza, aunque sepa que su grito no siempre será acogido favorablemente para todos.

A cien años de distancia de la publicación de la *Rerum novarum*, la Iglesia se halla aún ante "cosas nuevas" y ante nuevos desafíos. Por esto, el presente centenario debe corroborar en su compromiso a todos los "hombres de buena voluntad" y, en concreto, a los creyentes.

62. Esta encíclica de ahora ha querido mirar al pasado, pero sobre todo está orientada al futuro. Al igual que la *Rerum novarum*, se sitúa casi en los umbrales del nuevo siglo y, con la ayuda divina, se propone preparar su llegada.

En todo tiempo, la verdadera y perenne "novedad de las cosas" viene de la infinita potencia divina: "He aquí que hago nuevas todas las cosas" (Ap 21, 5). Estas palabras se refieren al cumplimiento de la historia, cuando Cristo entregará "el reino a Dios Padre. . . , para que Dios sea todo en todas las cosas" (1 Co 15, 24, 28). Pero el cristiano sabe que la novedad, que esperamos en su plenitud a la vuelta del Señor, está presente ya desde la creación del mundo, y precisamente desde que Dios se ha hecho hombre en Cristo Jesús y con él y por él ha hecho "una nueva creación" (2 Co 5, 17; Ga 6, 15).

Al concluir esta encíclica doy gracias de nuevo a Dios omnipotente, porque ha dado a su Iglesia la luz y la fuerza de acompañar al hombre en el camino terreno hacia el destino eterno. También en el tercer milenio la Iglesia será fiel en *asumir el camino del hombre*, consciente de que no peregrina sola, sino con Cristo, su Señor. Es él quien ha asumido el camino del hombre y lo guía, incluso cuando éste no se da cuenta.

Que María, la Madre del Redentor, la cual permanece junto a Cristo en su camino hacia los hombres y con los hombres, y que precede a la Iglesia en la peregrinación de la fe, acompañe con materna intercesión a la humanidad hacia el próximo milenio, con fidelidad a Jesucristo, nuestro Señor, que "es el mismo ayer y hoy y lo será por siempre" (cf. Hb 13, 8), en cuyo nombre os bendigo a todos de corazón.

Dado en Roma, junto a san Pedro, el día 1 de mayo —fiesta de san José obrero— del año 1991, décimo tercero de mi pontificado.

JUAN PABLO II

CUARTO CONSISTORIO EXTRAORDINARIO

Por cuarta vez, desde el comienzo del ministerio del Pastor Universal de la Iglesia, Juan Pablo II convocó para los días 4-7 de abril una asamblea plenaria del Colegio cardenalicio. Se celebró en el Vaticano, en la sala del Sínodo.

Las tres asambleas anteriores se habían celebrado también en el Vaticano: la primera —del 5 al 9 de noviembre de 1979— tuvo por temas la renovación de la Curia romana, la relación Iglesia—cultura y las finanzas de la Santa Sede. En la segunda asamblea, tres años después —del 23 al 26 de noviembre de 1982— se continuó el estudio de la reforma de la Curia y de las finanzas vaticanas. En la tercera —del 21 al 23 de noviembre de 1985— se trató de nuevo la reforma de la Curia con el fin de hallar las líneas que desembocaron en el documento "Pastor Bonus".

Los temas de esta cuarta asamblea plenaria han sido "La Iglesia frente a las actuales amenazas contra la vida humana", con especial atención al aborto, y "El anuncio de Cristo, único Salvador, y el desafío de las sectas".

Al final del Consistorio, los cardenales expresaron su gratitud al Santo Padre, reafirmaron la inviolabilidad sagrada de la vida humana y se comprometieron a promover el espíritu misionero en sus comunidades. He aquí el texto de la declaración conjunta:

Los cardenales de la Iglesia católica de todo el mundo, que representan a las poblaciones cristianas y las diversas culturas de sus pueblos, convocados en Consistorio extraordinario por el Santo Padre Juan Pablo II, con pleno y unánime consenso:

Manifiestan al Papa, Pastor universal de la Iglesia, su gratitud por su obra constante y la enseñanza magisterial puntual en favor de la paz del mundo.

Le agradecen el haberles llamado, consultado y escuchado sobre temas de esencial y universal importancia, como son: la promoción y defensa de la vida humana desde la concepción hasta la muerte natural, en cualquier momento y condición; la urgencia del anuncio de Cristo, único Salvador; la promoción y defensa de la fe católica contra todo peligro de desviación doctrinal y psicológica, derivado del proselitismo de las sectas.

En especial le ruegan que se haga voz autorizada y expresión de su íntima comunión con él y de su fidelidad al Magisterio de la Iglesia a propósito de la dignidad de la vida humana. Esta, hoy más que nunca, se halla insidiada de modo terrible no sólo por la degradación de la naturaleza, provocada por el hombre mismo, sino también por la violencia física, tanto individual como organizada; por la explotación de los pobres y de los menores; por el comercio de las drogas; por el abandono de pueblos enteros al exterminio del hambre, privilegiando el tráfico de las armas.

Pero, sobre todo, los cardenales junto con el Papa afirman la inviolabilidad sagrada de la vida humana, don de Dios, hoy más directamente amenazada desde su comienzo con la difusión impresionante del aborto, incluso legalizado y ahora a menudo vinculado a inadmisibles manipulaciones genéticas.

La formación cada vez más difundida, incluso entre personas naturalmente honradas, de una mentalidad permisiva respecto al aborto, lleva también inexorablemente a la aceptación de otra supresión directa de la vida, tanto para los ancianos como para los inválidos y para los disminuídos físicos y psíquicos, es decir, la eutanasia.

Los cardenales se comprometen a promover en sus comunidades eclesiales un verdadero espíritu misionero, en el anuncio de Jesucristo, único Salvador, Camino, Verdad y Vida de los hombres.

Invitan a los fieles cristianos a la oración confiada a la intercesión de la bienaventurada Virgen María.

**RELACION DEL CARDENAL JOSEPH RATZINGER,
PREFECTO DE LA CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE**

EL PROBLEMA DE LAS AMENAZAS CONTRA LA VIDA HUMANA

I. LOS FUNDAMENTOS BIBLICOS

Para afrontar adecuadamente el problema de las amenazas contra la vida y para encontrar el modo más eficaz de defender la vida humana contra esas amenazas, debemos ante todo analizar los elementos esenciales, positivos y negativos, del actual debate antropológico. El dato esencial del que es preciso partir es y sigue siendo la visión bíblica del hombre, formulada de modo ejemplar en las narraciones de la creación. La Biblia define al ser humano —su esencia, que es anterior a toda historia y no se pierde nunca en la historia— con dos indicaciones:

1. El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (*Gn 1, 26*); él es "capax Dei" y, por tanto, está bajo la protección personal de Dios; es "sagrado": "Quien vertiere sangre de hombre, por otro hombre será su sangre vertida, porque a imagen de Dios hizo El al hombre" (*Gn 9, 6*).

2. Todos los hombres son un único hombre, porque provienen de un único padre, Adán, y de una única madre, Eva, "la madre de todos los vivientes" (*Gn 3, 20*). Esta unicidad del ser humano, que implica la igualdad, los mismos derechos fundamentales para todos, es repetida solemnemente en numerosas ocasiones tras el diluvio.

Ambos aspectos —la dignidad divina del ser humano y la unicidad de su ori-

gen— encuentran un sello definitivo en la figura del segundo Adán, Cristo: el hijo de Dios murió por todos, para reunir a todos en la salvación definitiva de la filiación divina.

Este anuncio bíblico, es el baluarte de la dignidad humana y de los derechos humanos; es la gran herencia de humanismo auténtico confiada a la Iglesia, cuyo deber consiste en encarnar este anuncio en todas las culturas, en todos los sistemas sociales y constitucionales.

II. LA DIALECTICA DE LA EPOCA MODERNA

Si echamos, ahora, una breve mirada a la época moderna, nos encontramos frente a una dialéctica que perdura hasta el día de hoy. Por una parte, la época moderna se enorgullece de haber descubierto la idea de los derechos humanos, inherentes a todo ser humano y que son anteriores a todo derecho positivo, y de haber proclamado también estos derechos en declaraciones solemnes. Por otra parte, los derechos así reconocidos en teoría, nunca han sido negados tan profunda y radicalmente en el plano de la práctica. Las raíces de esta contradicción deben buscarse en el vértice de la época moderna: en las teorías iluministas del conocimiento, con la visión de la libertad que va implicada en ellas, y en las teorías del contrato social, con la idea de la sociedad que las acompaña.

Según el iluminismo, la razón debe emanciparse de todo vínculo con la tradición y la autoridad para pensar por sí misma. Así acabará por concebirse como una instancia cerrada, independiente. La verdad no será ya un dato objetivo, que se muestra a todos y a cada uno también a través de los demás; sino que se convertirá poco a poco en una exterioridad que cada uno capta desde su punto de vista, sin saber nunca en qué medida la visión que él ha tenido coincide con lo que es el objeto en sí mismo o con lo que de él perciben los demás.

La misma verdad del bien resulta inalcanzable. La idea del bien en sí queda fuera del alcance del hombre. El único punto de referencia para cada uno es lo que él puede concebir por sí solo como bien. Por consiguiente, la libertad ya no se ve positivamente como una tensión hacia el bien, tal como lo descubre la razón con la ayuda de la comunidad y de la tradición, sino que se define más bien como una emancipación de todos los condicionamientos que impiden a cada uno seguir su propia razón.

Durante todo el tiempo que permanezca viva —al menos de forma implícita— la referencia a los valores cristianos para orientar la razón individual hacia el bien común, la libertad se limitará a sí misma en función de un orden social, de una libertad que es preciso asegurar a todos.

Las teorías del contrato social se fundaban precisamente sobre la idea de un derecho antecedente a las voluntades individuales y que debe ser respetado por ellas. Pero también aquí, perdida la referencia común a los valores y finalmente a Dios, la sociedad no aparecerá ya más que como un conjunto de individuos yuxtapuestos, y el contrato que los une será percibido necesariamente como un acuerdo entre quienes tienen el poder de imponer su voluntad a los demás.

Así, por una dialéctica intrínseca a la modernidad, se pasa de la afirmación de los derechos de la libertad, pero separados de toda referencia objetiva a una verdad común, a la destrucción de los fundamentos mismos de esa libertad. El "déspota iluminado" de los teóricos del contrato social se convirtió en el Estado tirano, de hecho totalitario, que dispone de la vida de los más débiles,

desde el niño aún no nacido hasta el anciano, en nombre de una utilidad pública que no es ya en realidad más que el interés de algunos.

Y precisamente ésta es la característica más destacada de la gran desviación actual en materia de respeto de la vida: no se trata ya de una problemática de moral simplemente individual, sino de una problemática de moral social, a partir del momento en que Estados, e incluso organizaciones internacionales, se hacen garantes del aborto o de la eutanasia, votando leyes que los autorizan, y ponen los medios de que disponen al servicio de los que las ejecutan.

III. LA GUERRA CONTRA LA VIDA

De hecho, aunque hoy podemos observar una movilización de las fuerzas que quieren defender la vida humana en diversos movimientos "en favor de la vida", movilización que es alentadora y ofrece motivos de esperanza, con todo debemos reconocer francamente que hasta ahora es más fuerte el movimiento contrario: la extensión de legislaciones y de prácticas que destruyen voluntariamente la vida humana, sobre todo la vida de los más débiles: los niños aún no nacidos. Hoy somos testigos de una auténtica guerra de los poderosos contra los débiles, una guerra que busca la eliminación de los minusválidos, de los que resultan una molestia, e incluso de aquellos que simplemente son pobres e "inútiles", en todos los momentos de su existencia. Con la complicidad de los Estados, se han empleado medios colosales contra las personas, al alba de su vida, o cuando su vida se ha hecho vulnerable por un accidente o por una enfermedad, y cuando esa vida está cercana a su extinción.

Se lanzan contra la vida que nace mediante el aborto (al parecer en el mundo se realizan entre treinta y cuarenta millones al año) y precisamente con el fin de facilitar el aborto se han invertido miles de millones para fabricar píldoras abortivas (RU 486). Igualmente se han gastado muchos miles de millones para lograr que la contracepción sea menos nociva para la mujer, con la contrapartida de que ahora gran parte de los anticonceptivos químicos que se hallan en el mercado actúan de hecho principalmente como anti-anidatorios, es decir, como abortivos, sin que las mujeres lo sepan. ¿Quién podrá calcular el número de las víctimas de esta hecatombe escondida?

Los embriones sobrantes, producidos inevitablemente mediante la FIVET, son congelados y eliminados, cuando no se unen a sus pequeños hermanos abortados que son utilizados como "coneillos de indias" para la experimentación o se transforman en materia prima para curar enfermedades, como el mal de Parkinson y la diabetes. La FIVET misma resulta con frecuencia ocasión de abortos, incluso "selectivos" (por elección de sexo), cuando se producen indeseados embarazos múltiples.

En las mujeres que se suelen denominar "con riesgo" la diagnosis prenatal se usa en muchas ocasiones para eliminar sistemáticamente todos los fetos que pudieran estar más o menos malformados o enfermos. Todos los que tienen la buena suerte de que los dejen llegar hasta el término del embarazo de su madre, pero que tienen la desgracia de nacer minusválidos, corren el serio peligro de ser suprimidos inmediatamente tras el nacimiento o de que se les rechace la alimentación y los cuidados más elementales.

Más tarde, a aquellos que caigan en un coma "irreversible" a causa de una enfermedad o un accidente con frecuencia se les acelerará la muerte para responder a las demandas de trasplantes de órganos o servirán, también ellos, para la experi-

mentación médica ("cadáveres calientes").

Finalmente, cuando la muerte se anuncie, muchos sufrirán la tentación de apresurar su llegada por medio de la eutanasia.

IV. LOS MOTIVOS DE LA OPOSICION A LA VIDA: LA LOGICA DE LA MUERTE

Pero, ¿por qué esta victoria de una legislación o de una praxis antihumana, precisamente en el momento en que la idea de los derechos humanos parecía haber llegado a un reconocimiento universal e incondicionado? ¿Por qué también cristianos, incluso personas de elevada formación moral, piensan que la normativa sobre la vida humana podría y debería entrar en los compromisos necesarios de la vida política?

1. En un primer nivel de nuestra reflexión, me parece que se pueden señalar dos motivos, tras los cuales se esconden probablemente otros. Uno se refleja en la posición de aquellos que afirman la necesaria separación entre convicciones éticas personales y ámbito político, en el que se formulan las leyes: aquí el único valor que se ha de respetar sería la total libertad de elección de todo individuo, dependiendo de sus propias opiniones privadas.

La vida social, en la imposibilidad de fundarse en cualquier referencia objetiva común, deberá concebirse como resultado de un compromiso de intereses con el fin de garantizar a cada uno la mayor libertad posible. Pero, en realidad, donde el criterio decisivo del reconocimiento de los derechos es el de la mayoría, donde el derecho a la expresión de la propia libertad puede prevalecer sobre el derecho de una minoría que no tiene voz, es la fuerza la que se ha convertido en criterio del derecho.

Eso resulta mucho más evidente y dramáticamente grave cuando, en nombre de la libertad de quien tiene poder y voz, se niega el derecho fundamental a la vida de quien no tiene la posibilidad de hacerse escuchar. En realidad, toda comunidad política, para subsistir, debe reconocer al menos un mínimo de derechos objetivamente fundados, no acordados mediante convenciones sociales, sino anteriores a toda reglamentación política del derecho. Se entiende, entonces, cómo un Estado que usurpe la prerrogativa de definir cuáles seres humanos son o no son sujetos de derechos, y que reconozca, por tanto, a algunos el poder de violar el derecho fundamental a la vida de otros, va contra el ideal democrático, al que dice atenerse, y mina las mismas bases en que se apoya. En efecto, aceptando que se violen los derechos del más débil, acepta también que el derecho de la fuerza prevalezca sobre la fuerza del derecho. Se ve, así, que la idea de una tolerancia absoluta de la libertad de elección de algunos destruye el fundamento mismo de una convivencia justa entre los hombres.

Con todo, podríamos preguntarnos cuándo comienza a existir la persona, sujeto de derechos fundamentales que se han de respetar absolutamente. Si no se trata de una concesión social, sino más bien de un re-conocimiento, también los criterios para esta determinación deben ser objetivos. Como ha confirmado la *Donum vitae* (I, 1), las recientes adquisiciones de la biología humana reconocen que "en el cigote que deriva de la fecundación, ya sea se encuentra constituida la identidad biológica de un nuevo individuo humano". Aunque ningún dato experimental puede ser suficiente, por sí mismo, para hacer reconocer un alma espiritual, las conclusiones de la ciencia acerca del embrión humano ofrecen una indicación preciosa

para discernir racionalmente una presencia personal desde esta primera aparición de una vida humana. En todo caso, desde el primer momento de su existencia, al fruto de la generación humana se ha de garantizar el respeto incondicionado que se debe moralmente al ser humano en su totalidad corporal y espiritual.

2. Un segundo motivo que explica la difusión de una mentalidad de oposición a la vida se halla vinculada, en mi opinión, con la concepción misma de la moralidad tan extendida hoy en día. A una visión individualista de la libertad, entendida como derecho absoluto de auto-determinarse sobre la base de las propias convicciones, se asocia con frecuencia una idea meramente formal de conciencia. Esta no tiene ya sus raíces en la concepción clásica de la conciencia moral (cf. *Gaudium et spes*, 16). En esa concepción, propia de toda la tradición cristiana, la conciencia es la capacidad de abrirse al llamado de la verdad objetiva, universal e igual para todos, que todos pueden y deben buscar.

Por el contrario, en la concepción innovadora, de clara ascendencia kantiana, la conciencia está desvinculada de su relación constitutiva con un contenido de verdad moral y se reduce a una mera condición formal de la moralidad: se referiría sólo a la bondad de la intención subjetiva. De ese modo, la conciencia es solamente la subjetividad elevada a criterio último del actuar. La idea cristiana fundamental, según la cual no hay ninguna instancia que pueda oponerse a la conciencia, no tiene ya el significado originario e irrenunciable por el que la verdad no puede menos de imponerse en virtud de sí misma, es decir, en la interioridad personal, sino que se convierte en una deificación de la subjetividad, de la que la conciencia es oráculo infalible, que nada ni nadie puede poner en tela de juicio.

V. LAS DIMENSIONES ANTROPOLOGICAS DEL DESAFIO

1. Es preciso ir más a fondo aún al identificar las raíces de esta oposición a la vida. Así, en un segundo nivel, reflexionando en los términos de una visión más personalista, encontramos una dimensión antropológica sobre la que es necesario detenerse, aunque sea brevemente.

Hay que señalar aquí un nuevo dualismo que se afirma cada vez más en la cultura occidental y hacia la que convergen algunos de los rasgos que caracterizan su mentalidad: el individualismo, el materialismo, el utilitarismo y la ideología hedonista de la realización de sí mismos por parte de sí mismos. En efecto, el cuerpo ya no se percibe espontáneamente por el sujeto como la forma concreta de todas las relaciones con respecto a Dios, los demás y el mundo; como el dato que lo inserta dentro de un universo en construcción, en una conversación que se está desarrollando, en una historia rica de sentido en la que no puede participar de modo positivo si no es aceptando sus reglas y su lenguaje. El cuerpo aparece, más bien, como un instrumento al servicio de un proyecto de bienestar, elaborado y perseguido por la razón técnica, que calcula cómo podrá sacar de él el mayor provecho.

La misma sexualidad queda, así, despersonalizada e instrumentalizada. Aparece como una simple ocasión de placer y no ya como la realización del don de sí, ni como la expresión de un amor que, en la medida en que es verdadero, acoge integralmente al otro y se abre a la riqueza de vida de que es portador, a su hijo, que será también su propio hijo. Los dos significados, unitivo y procreativo, del acto sexual quedan separados. La unión resulta empobrecida, mientras que la fecundidad se remite a la esfera del cálculo racional: "el hijo, sí, pero cuando lo quiero y como lo quiero".

Así resulta evidente que ese dualismo entre una razón técnica y un cuerpo objeto, permite al hombre escapar del misterio del ser. En realidad, el nacimiento y la muerte, el surgir de otra persona y su desaparición, la venida y la disolución del "yo" remiten directamente al sujeto a la cuestión de su propio sentido y de su propia existencia. Tal vez para huir de esa pregunta angustiosa busca asegurarse un dominio lo más completo posible sobre estos dos momentos clave de la vida, y trata de transferirlos a la zona del obrar. Así crea la ilusión de que el hombre se posee a sí mismo, gozando de una libertad absoluta, de que el hombre puede ser fabricado según un cálculo que no deja nada a la incertidumbre, nada a la casualidad, nada al misterio.

2. Un mundo que toma determinaciones de eficiencia tan absolutas; un mundo que ratifica hasta ese punto la lógica utilitarista; un mundo que, además, concibe la libertad como un derecho absoluto del individuo y la conciencia como una instancia subjetiva totalmente aislada, tiende necesariamente a empobrecer todas las relaciones humanas hasta considerarlas en último término como relaciones de fuerza, y a no reconocer al ser humano más débil el puesto que le corresponde. Desde este punto de vista, la ideología utilitarista sigue el mismo derrotero que la mentalidad "machista", y el "feminismo" aparece como una reacción legítima a la instrumentalización de la mujer.

Con todo, muy frecuentemente, el así llamado "feminismo" se basa en los mismos presupuestos utilitaristas del "machismo" y, lejos de liberar a la mujer, coopera más bien a su servidumbre.

Cuando, en la línea del dualismo al que hemos aludido, la mujer reniega de su propio cuerpo, considerándolo como un puro objeto al servicio de una estrategia de conquista de la felicidad, mediante la realización de sí misma, reniega también de su femineidad, del modo propiamente femenino del don de sí y de la acogida del otro, de la que la maternidad es el signo más típico y la realización más concreta.

Cuando la mujer se declara partidaria del amor libre y llega al extremo de reivindicar el derecho de abortar, contribuye a reforzar una concepción de las relaciones humanas, según la cual la dignidad de cada uno depende, a los ojos del otro, de cuanto él puede dar. En todo esto la mujer toma posición contra su propia femineidad y contra los valores de los que esta última es portadora: la acogida de la vida, la disponibilidad hacia el más débil, la entrega sin condiciones a quien tiene necesidad de ella. Un auténtico feminismo, trabajando por la promoción de la mujer en su verdad integral y por la liberación de todas las mujeres, trabajaría también por la promoción de todo el hombre y la liberación de todos los seres humanos. En efecto, lucharía para que la persona fuera reconocida en la dignidad que le viene del único hecho de existir, de haber sido querida y creada por Dios, y no de su utilidad, de su fuerza, de su belleza, de su inteligencia, de su riqueza o de su salud. Se esforzaría por promover una antropología que valore la esencia de la persona como hecha para el don de sí y para la acogida del otro, de la que el cuerpo, masculino o femenino, es el signo y el instrumento.

Precisamente desarrollando una antropología que presente al hombre en su integralidad personal y relacional es como se puede responder a la argumentación difundida, según la cual el mejor medio para luchar contra el aborto sería el de promover la contracepción. Cada uno de nosotros ya ha escuchado este reproche dirigido a la Iglesia: "Es absurdo que queráis prohibir al mismo tiempo la contracepción y el aborto. Impedir el acceso a la primera significa hacer inevitable el segundo". Pero la experiencia se encarga de contradecir esa afirmación, que

a primera vista parece del todo plausible; por lo general, se constata un crecimiento paralelo de las tasas de recurso a la contracepción y de las tasas de los abortos. La paradoja es sólo aparente. En efecto, es preciso darse cuenta de que tanto la contracepción como el aborto hunden sus raíces en esa visión despersonalizada y utilitarista de la sexualidad y de la procreación que acabamos de describir y que se basa, a su vez, en una concepción mutilada del hombre y de su libertad.

En efecto, no se trata de asumir una gestión responsable y digna de la propia fecundidad en función de un proyecto generoso, siempre abierto a la acogida eventual de una nueva vida imprevista.

Se trata, más bien, de asegurarse un dominio completo de la procreación, que rechaza incluso la idea de un hijo no programado. Entendida en estos términos, la contracepción conduce necesariamente al aborto como "solución de reserva". No se puede reforzar la mentalidad anticonceptiva sin reforzar al mismo tiempo la ideología que la sostiene y, por tanto, sin alentar, implícitamente, el aborto. Por el contrario, si se desarrolla la idea de que el hombre no se encuentra plenamente a sí mismo salvo en el don generoso de sí y en la acogida incondicionada del otro, simplemente porque éste existe, el aborto aparecerá cada vez más como un crimen absurdo.

Una antropología de tipo individualista conduce, como hemos visto, a considerar la verdad objetiva como inaccesible, la libertad como arbitraria, la conciencia como una instancia cerrada en sí misma. Esa antropología orienta a la mujer no sólo al odio hacia los hombres, sino también al odio hacia sí misma y hacia la propia femineidad, sobre todo hacia la propia maternidad.

Dicha antropología, más generalmente, orienta al ser humano al odio hacia sí mismo. El hombre se desprecia a sí mismo; ya no está de acuerdo con Dios, que había encontrado que "estaba muy bien" todo cuanto había hecho (Gn 1, 31). Al contrario, el hombre de hoy ve en sí mismo el gran destructor del mundo, un producto infeliz de la evolución. Y, en realidad, el hombre que no tiene ya acceso a lo infinito, a Dios, es un ser contradictorio, un producto fracasado. Aquí aparece la lógica del pecado: el hombre, queriendo ser como Dios, busca la independencia absoluta. Para ser autosuficiente, debe hacerse independiente, debe emanciparse también del amor, que es siempre gracia libre, y no se puede fabricar o hacer. Pero, al hacerse independiente del amor, el hombre se ha separado de la verdadera riqueza de su ser; se ha quedado vacío, y la oposición contra el propio ser resulta inevitable. "No está bien ser un hombre": la lógica de la muerte pertenece a la lógica del pecado. Así queda abierto el camino hacia el aborto, hacia la eutanasia y la explotación de los más débiles.

Resumiendo todo lo anterior, podemos decir: la raíz última del odio contra la vida humana, de todos los ataques contra la vida humana, es la pérdida de Dios. Donde Dios desaparece, desaparece también la dignidad absoluta de la vida humana.

VI. POSIBLES RESPUESTAS AL DESAFÍO DE NUESTRO TIEMPO

¿Qué hacer en esta situación para responder al desafío que acabamos de describir? Por mi parte, quisiera limitarme a las posibilidades vinculadas con la función del Magisterio. No faltan las intervenciones magisteriales sobre este problema en los últimos años. El Santo Padre insiste incansablemente en la defensa de la vida como deber fundamental de todo cristiano; muchos obispos hablan de ella con gran competencia y fuerza. La Congregación para la doctrina de la fe ha publicado en estos años algunos documentos importantes sobre los temas morales que

guardan relación con el respeto debido a la vida humana.

A pesar de esas tomas de posición, y a pesar de numerosísimas intervenciones pontificias sobre algunos de estos problemas o sobre sus aspectos particulares, el campo permanece abierto para nuevas declaraciones globales, a nivel doctrinal, que vayan a las raíces más profundas y denuncien las consecuencias más aberrantes de la "mentalidad de muerte".

Por tanto, se podría pensar en un posible documento sobre la defensa de la vida humana, que, a mi parecer, debería presentar dos características originales con respecto a los documentos precedentes. Ante todo, no debería desarrollar sólo consideraciones de moral individual, sino también consideraciones de moral social y política. Más en detalle, las diversas amenazas contra la vida humana podrían afrontarse desde cinco puntos de vista: el punto de vista doctrinal (con una afirmación solemne del principio según el cual "matar directamente a un ser humano inocente es siempre materia de culpa grave"), el cultural, el legislativo, el político y, finalmente, el práctico.

Llegamos así a la segunda característica original de un posible nuevo documento: aunque en él la denuncia deba encontrar un espacio, éste no será el espacio principal. Se trataría, ante todo, de volver a anunciar el gozoso anuncio del valor inmenso del hombre y de todo hombre, por más pobre, débil y sufriente que sea; tal como este valor puede aparecer a los ojos de los filósofos, pero sobre todo como —según nos dice la Revelación— aparece a los ojos de Dios.

Se trataría de recordar con admiración las maravillas del Creador hacia su criatura, la del Redentor hacia aquellos a quienes vino a salvar. Se trataría de mostrar cómo la acogida del Espíritu comporta en sí misma la disponibilidad generosa a la otra persona y, por tanto, la acogida de toda vida humana a partir del momento en que se anuncia hasta el momento en que se extingue.

En pocas palabras, contra todas las ideologías y las políticas de muerte, es la Buena Nueva cristiana la que se quiere presentar en lo que tiene de esencial: Cristo ha abierto, por encima de todo sufrimiento, el camino a la acción de la gracia, por la vida tanto en su aspecto humano como en su aspecto divino.

RELACION DEL CARDENAL JOZEF TOMKO

EL DESAFÍO DE LAS SECTAS Y EL ANUNCIO DE CRISTO, ÚNICO SALVADOR

La difusión de las sectas y el desafío que presentan a la Iglesia tienen implicaciones teológicas y pastorales. La confusión doctrinal sobre el contenido de la fe abre el camino al pulular de las sectas, a su justificación práctica y, sobre todo, al desinterés en el cuidado pastoral y en el anuncio explícito de Jesucristo que constituye la comunidad cristiana.

Hay un relativismo gnóstico y un malentendido teológico que reducen a todas las religiones, y a las diversas experiencias y creencias religiosas, a un mínimo común denominador, por el que todo vale lo mismo, y cada uno puede recorrer cualquiera de los caminos, todos igualmente válidos, para la salvación.

Existen teorías teológicas que vacían y deforman el misterio revelado del Verbo encarnado en Jesucristo y construyen arbitrariamente el misterio de una realidad divina que "emerge", "se encarna" en las diversas figuras religiosas (encarnaciones, salvadores, mediadores, reveladores, fundadores, místicos). Esas teorías resultan, en ocasiones, praxis pastoral, anulando el esfuerzo misionero y debilitando la misma identidad cristiana.

LOS LLAMADOS DE LA ENCICLICA MISIONERA

Juan Pablo II en su última encíclica *Redemptoris missio* ha querido reafirmar las bases teológicas de la identidad misionera de la Iglesia y, por ese mismo hecho, ha querido corregir ciertas interpretaciones teológicas. De esas ambigüedades habla en términos generales (cf. *RM*, 2 y 36) y particulares (cf. *RM*, 6, 11, 17-18 y 28-29). En esas puntualizaciones teológicas, Jesucristo, el único Salvador y la perfecta revelación de Dios, ocupa el centro del documento. En él se afirma que "es contrario a la fe cristiana introducir cualquier separación entre el Verbo y Jesucristo" (*RM*, 6); que "el reino de Dios que conocemos por la revelación no puede ser separado ni de Cristo ni de la Iglesia" (*RM*, 18); que el Espíritu "que sopla donde quiere y obra ya en el mundo aun antes de que Cristo fuera glorificado... es el mismo que se ha hecho presente en la encarnación, en la vida, muerte y resurrección de Jesús y que actúa en la Iglesia" (*RM*, 29).

Pero, ¿qué hay detrás de estas afirmaciones del Santo Padre? No se trata de aseveraciones sin fundamento, sino de puntualizaciones y correcciones a ciertas teorías y tendencias teológicas, que pueden estar más difundidas de lo que se cree a primera vista.

En efecto, desde el Concilio Vaticano II la Iglesia se ha comprometido en el diálogo interreligioso, y el Magisterio conciliar y posterior ha tratado de explicar su naturaleza y sus fundamentos. Varios teólogos se han esforzado por profundizar los mismos fundamentos del diálogo y las realidades teológicas ligadas a él. El papel de los teólogos es importante, y el Papa lo subraya en la encíclica, animándolos en esa obra que debe contribuir a la vida y la misión de la Iglesia (*RM*, 2 y 36). Con todo, algunos han elaborado doctrinas inaceptables y destructoras, que afectan principalmente a tres temas: Cristo, el Espíritu y el Reino.

UN JESUS REINTERPRETADO

Según algunos teólogos indios, en la búsqueda del diálogo Jesucristo no une, sino que divide; la unidad y el acuerdo se ha de buscar, por tanto, no en el "cristocentrismo" sino en el "teocentrismo", es decir, en torno al misterio divino, mientras que la persona de Jesucristo queda relativizada.

Ciertamente, estos teólogos conocen bien los textos bíblicos que presentan a Jesucristo como el único Salvador de los hombres y único Mediador entre Dios y los hombres, pero los consideran como cristologías posteriores y como afirmaciones enfáticas, semejantes a las del marido enamorado hacia su propia esposa.

Partiendo de la distinción entre el Cristo-Logos y el Jesús histórico, se afirma que en el Logos hay más que en el Jesús histórico, por lo que el Logos puede presentarse en otras religiones y en otras figuras históricas, en las que se halla escondido. El Cristo-Logos pertenecería a todas las religiones y se manifestaría en ellas. El Jesús histórico, por el contrario, pertenece a la religión cristiana y a la Iglesia. Con el Cristo cósmico-Logos se explica también la mediación salvífica de las reli-

giones no cristianas. El papel de la Iglesia dependería del papel de Jesús histórico. Por ello, ciertos calificativos como "final, último, único, universal" son verdaderos sólo si se aplican al Verbo, pero no al Jesús histórico. En conclusión, el misterio universal de la salvación se realiza por medio de todas las religiones.

Otros teólogos afirman que no se puede absolutizar el modelo de Calcedonia, ni obligar al Asia a hacer una simple traducción del mismo. Los títulos cristológicos se los dieron a Jesucristo más tarde algunas creencias y culturas particulares, por lo que ya son interpretaciones.

Otros proponen un teocentrismo pluralista. Consciente o inconscientemente, igualan no sólo a los seguidores de las diversas religiones sino también los contenidos; igualan asimismo a los fundadores de cada una de las religiones, declarándolos salvadores en los que actúa o se encarna históricamente el infinito Misterio de Dios.

Para entablar un diálogo en igualdad, o se degrada a Jesucristo callando su divinidad, o se exaltan los fundadores de otras religiones haciendo de ellos casi encarnaciones de Dios, mediadores y salvadores, equiparados a Jesucristo.

UN ESPIRITU VAGANTE

Para sostener esas teorías, se usa a veces también la teología del Espíritu. Algunos teólogos asiáticos insisten en la actuación universal del Espíritu, fuera del ámbito de la Iglesia. Unos la vinculan con la universalidad del misterio del Cristo-Logos que está presente y actúa en todas partes gracias al Espíritu. Otros tienden a separar la actividad del Espíritu de la de Cristo. Ambas corrientes ven en el Espíritu presente y operante en todo el mundo otra razón para afirmar el valor salvífico de las diferentes religiones, independientemente de Cristo.

UN REINO AMORFO

De formas paralelas, y en estrecha relación con las teorías expuestas, "inclusivistas" o pluralistas, se pone énfasis en el Reino. Se afirma que el designio divino de salvación universal consiste en la promoción del Reino, desplazando el centro de la Iglesia al Reino. El Reino se convierte así en el "nuevo punto focal" de la evangelización.

Y, entonces, ¿qué es este "Reino", frecuentemente sin la añadidura "de Dios"? El Reino comprendería todas las religiones, que están llamadas a construirlo en un diálogo recíproco; se identificaría con la "nueva humanidad" que uniría a todos los hombres en una comunidad de amor, justicia y paz; sería el "bienestar de la humanidad", "la liberación humana". El Reino, tiende, por tanto, a ser concebido como una "utopía", una "cosa".

Así se construye el "reino-centrismo" para contraponerlo al "eclesiocentrismo" de la "plantatio Ecclesiae", que por lo general suele tacharse de superado y falso. Por ejemplo, se escribe: "La misión primaria de la Iglesia es la construcción del Reino, y el diálogo con las demás religiones es el medio para lograr ese objetivo. La Iglesia no está llamada a construirse a sí misma, sino a servir...; está llamada también a morir para que el mundo pueda vivir".

Lo que esos teólogos suelen ignorar completamente es el hecho de que Jesús no sólo anunció el Reino sino que se proclamó Rey en el que el Reino de Dios se hace presente. Jesucristo, con su misterio paschal da el significado más profundo y específico al Reino; sin él, "hablar del Reino es simplemente una ideo-

logía", como ha observado L. Newbigin.

CONSECUENCIAS PARA LA MISION

Las consecuencias de estas teorías para la misión son sencillamente devastadoras. El objetivo de la evangelización queda desfigurado y reducido; y se pone en tela de juicio la necesidad de la fe en Jesucristo, del bautismo y de la Iglesia. "En este contexto del pluralismo religioso —pregunta un teólogo indio— ¿tiene aún sentido proclamar a Cristo como el único Nombre en que todos los hombres encuentran la salvación e invitar a *hacerse discípulos* por medio del *bautismo* y a entrar en la *Iglesia*?"

La evangelización en el sentido global, en que "el nuevo punto focal" es la construcción del Reino, o sea, de la nueva humanidad, consistiría sólo en el *diálogo*, en la *inculturación* y en la *liberación*. De forma extraña, pero significativa, se suele omitir el anuncio o proclamación; más aún, se le tacha de propaganda o de proselitismo. La evangelización queda reducida al diálogo de tipo social o a la promoción económico-social y a la "liberación" de castas con todos los medios, incluida la violencia. Acerca de la conversión escribe un teólogo indio: "La conversión religiosa es el resultado del "patrioterismo" occidental y de su intolerancia... La conversión nace del sentido de superioridad de una religión con respecto a otra, mientras que ninguna religión tiene el monopolio de la verdad".

El abandono de las estaciones misioneras, de la predicación del Evangelio y de la catequesis por parte de los misioneros, del clero, de las religiosas, y la fuga hacia las obras sociales, así como también el modo de hablar tan "reductivo" de los "valores del Reino" (justicia, paz) es un fenómeno difundido en Asia y promovido por algunos centros misioneros también en otros continentes.

EL VALOR DE LA "REDEMPTORIS MISSIO"

Sobre este telón de fondo ambiental, la reciente encíclica del Santo Padre, *Redemptoris missio*, aparece no sólo tempestiva sino incluso providencial. Quienes consideren que los tres primeros capítulos son abstractos y repiten una doctrina muy conocida, están totalmente equivocados, pues resultan sumamente necesarios para reafirmar la fe de la Iglesia en las verdades que ponen en peligro las teorías que acabamos de esbozar.

Ya es una gran ayuda para quien quiere seguir la voz del Papa. Con todo, los problemas se han extendido hasta tal grado, y las teorías expuestas se difunden con tal rapidez, que la Santa Sede no puede permanecer pasiva. Esas teorías crean un grave peligro para la fe en Jesucristo tal como es profesada por la Iglesia todos los domingos y fiestas en el "Credo" y tal como la enseñó el Concilio de Calcedonia; además en el campo práctico, dichas teorías producen el efecto de debilitar el espíritu misionero, de reducir la evangelización sólo al desarrollo y al diálogo, abandonando el anuncio, la catequesis y, lógicamente, las conversiones y los bautizos. Y confirman en gran manera las bases y la justificación de dos fenómenos denunciados en la encíclica *Redemptoris missio*: "la mentalidad indiferentista, ampliamente difundida" y "el relativismo religioso que termina por pensar que una religión vale la otra" (RM, 36).

Si la India es el epicentro de estas tendencias y Asia es el campo principal, dichas ideas circulan ya también en Oceanía, en algunos países de África y en Eu-

ropa. La misión sufre, por tanto queda amenazada tanto en la actividad directa de evangelización en los territorios misioneros, como en el influjo negativo sobre las vocaciones misioneras en las Iglesias de cristianismo antiguo.

Se plantea, pues, con toda seriedad la pregunta: ¿qué es preciso hacer para que la palabra de Dios acerca de la salvación, que sólo se da en Cristo, sea anunciada en su pureza: "Ut verbum Dei currat et clarificetur"?

RELACION DEL CARDENAL FRANCIS ARINZE

EL DESAFIO DE LAS SECTAS O NUEVOS MOVIMIENTOS RELIGIOSOS. UN RESPUESTA PASTORAL

El nacimiento y la difusión de sectas o nuevos movimientos religiosos es un fenómeno notable en la historia religiosa de nuestros tiempos. Trabajan con una gran vitalidad. Algunos de ellos son de naturaleza esotérica. Otros han nacido de una propia interpretación de la Biblia. Y muchos hunden sus raíces en las religiones de África o Asia, o bien combinan de forma sincretista elementos de esas religiones con el cristianismo.

A los obispos la gente suele pedirles con frecuencia informaciones y directrices, e incluso que hagan algo en relación con este fenómeno preocupante. Pero, en muchos casos, la falta de una información adecuada puede llevar a o no realizar ninguna acción pastoral o a una reacción excesiva.

Para estimular la reflexión en un plano pastoral, quisiera proponer una reflexión sobre seis puntos: la terminología; la tipología de los nuevos movimientos religiosos; los orígenes de esos nuevos movimientos religiosos y las razones de su difusión; los problemas que plantean; una respuesta pastoral general; y una respuesta pastoral específica.

I. TERMINOLOGIA

Existe el problema de qué terminología se ha de usar para referirse a los grupos en cuestión. La razón es que la realidad es compleja. Los grupos varían mucho a causa de sus creencias, sus orígenes, su grandeza, sus medios de reclutamiento, sus modelos de comportamiento y su actitud hacia la Iglesia u otros grupos religiosos y sociedades. Aquí ofrezco algunos de los términos más usados.

Sectas. La palabra "secta", al parecer, se refiere de manera más directa a un pequeño grupo que se ha separado de un grupo religioso más grande, por lo general cristiano, y que sigue creencias o prácticas desviadas. La palabra "secta" no se usa en todas partes con el mismo significado. En América Latina, por ejemplo, se tiende a aplicar este término a todos los grupos no católicos, incluso a los que pertenecen a las Iglesias protestantes tradicionales. Pero, también en América Latina, en ambientes más sensibles al ecumenismo, la palabra "secta" se suele reservar a grupos más extremistas y agresivos. En Europa occidental, la palabra tiene

un matiz negativo, mientras que en Japón las nuevas religiones de origen sintoísta o budista se suelen llamar sectas, sin que el término cobre sentido despectivo.

Nuevos movimientos religiosos. El término "nuevos movimientos religiosos", cuando se refiere a estos grupos resulta más neutral que el de "sectas". Se les suele llamar "nuevos" no sólo porque han aparecido en su forma actual tras la segunda guerra mundial, sino también porque se presentan como alternativa a las religiones institucionales oficiales y a la cultura dominante. Suelen llamarse "religiosos" porque declaran ofrecer una visión de un mundo religioso o sagrado, o medios para alcanzar otros objetivos como el conocimiento trascendental, la iluminación espiritual o la autorrealización, o porque ofrecen a sus miembros respuestas a los interrogantes fundamentales.

Otros nombres. Estos movimientos o grupos también se denominan a veces nuevas religiones, religiones marginales, movimientos religiosos libres, movimientos religiosos alternativos, grupos religiosos marginales o —principalmente en las zonas anglófonas— cultos.

¿Qué terminología adoptar? Mientras no exista una terminología aceptada por todos, debemos adoptar el término que resulte más imparcial y preciso. En esta presentación usaré, por lo general, el término "nuevos movimientos religiosos" (abreviado: NMR), porque es neutral y lo bastante general para incluir los nuevos movimientos de origen protestante, las sectas que tienen raíces cristianas, los nuevos movimientos orientales o africanos, y los de tipo gnóstico o esotérico.

II. TIPOLOGIA DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS RELIGIOSOS

Tipos con respecto al cristianismo. Con respecto al cristianismo, se pueden distinguir: nuevos movimientos procedentes de la Reforma protestante, sectas con raíces cristianas pero con notables diferencias doctrinales, movimientos procedentes de otras religiones o movimientos derivados de un ambiente humanitario o "potencial humano" (así, el "New age" y los grupos religiosos terapéuticos), o movimientos que derivan de un "potencial divino", que se da de forma especial en las tradiciones religiosas orientales.

Son diferentes los nuevos movimientos religiosos que han nacido a través de contactos entre las religiones universales y las culturas religiosas primitivas.

Tipos con respecto a su sistema de conocimiento. Tomando como punto de referencia el sistema de conocimiento que tienen como fondo, se pueden distinguir cuatro grupos: los movimientos basados en la Sagrada Escritura, que son cristianos o derivan del cristianismo; los que derivan de otras religiones, como el hinduismo, el budismo o las religiones tradicionales, algunos de los cuales asumen de manera sincretista elementos procedentes del cristianismo; las sectas que marcan la destrucción de la idea genuina de religión y una vuelta al paganismo; y, finalmente, el grupo de sectas gnósticas.

Buscando un común denominador. En el esfuerzo de buscar un denominador común, las sectas han sido definidas como "grupos religiosos con una visión distinta del mundo, que deriva de las enseñanzas de una gran religión mundial, pero que no se identifica con ella". Esta definición, de tipo fenomenológico, es correcta sólo en parte, pues no engloba los movimientos que derivan de un ambiente humanista, pagano o gnóstico, movimientos que algunos sociólogos prefieren llamar "nuevos movimientos mágicos". Además, esa definición omite todo juicio con respecto a las enseñanzas y al comportamiento moral de los fundadores de NMR y de sus seguidores, y con respecto a sus relaciones con la sociedad.

Desde el punto de vista doctrinal, los NMR que actúan en las religiones tradicionalmente cristianas pueden colocarse en cuatro categorías según su distancia de la visión cristiana del mundo: los que rechazan la Iglesia; los que rechazan a Cristo; los que rechazan el papel de Dios (y mantienen aun un sentido genérico de religión) y los que rechazan el papel de la religión (y mantienen un sentido de lo sagrado, pero manipulado por el hombre a fin de poder lograr poder sobre los demás o sobre el cosmos).

Las reacciones sociales contra los NMR, por lo general, no se basan tanto en su doctrina, cuanto en sus modelos de comportamiento y sus relaciones con la sociedad.

No hay que proceder a una condena indiscriminada, ni hemos de caer en generalizaciones, aplicando a todos los NMR los aspectos más negativos de algunos. Tampoco se debería juzgar que los NMR son incapaces de desarrollarse en sentido positivo.

Los NMR de origen protestante provocan diferentes reacciones a causa de su proselitismo agresivo que denigra a la Iglesia católica, o también a causa de sus programas expansionistas y de su utilización de los medios de comunicación social de una forma que se asemeja a una comercialización de la religión.

A pesar de la diversidad de los NMR y de las situaciones locales, el principal problema pastoral que surge es la vulnerabilidad de los fieles a las propuestas que son contrarias a la formación que han recibido.

El fenómeno de las sectas pone a los pastores de la Iglesia serios problemas de discernimiento. "Queridos, no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo" (1 Jn 4, 1).

III. ORIGENES DE LOS NMR Y RAZONES DE SU DIFUSION

Existencia de necesidades espirituales. Los NMR indican que existen necesidades espirituales que no han sido identificadas, o que la Iglesia y otras instituciones religiosas no han percibido o a las que no han sabido responder.

Búsqueda de identidad cultural. Los NMR pueden nacer o atraer porque las personas están buscando un significado en un período de cambios culturales que engendra un sentido de extravío.

Llenar un vacío. Muchos cristianos entran a formar parte de sectas o NMR porque ven que en ellos pueden encontrar una respuesta a su sed de conocimiento de las Escrituras, de cantar y danzar, de tener satisfacciones emotivas y respuestas claras y concretas.

Búsqueda de respuesta a las cuestiones vitales. Hay personas, por ejemplo en África, que buscan en la religión una respuesta y una protección contra la brujería, el fracaso, el sufrimiento, la enfermedad y la muerte. Les parece que los NMR se enfrentan abiertamente a estos problemas existenciales y que prometen remedios instantáneos, especialmente la curación física y psicológica.

Explotación de los puntos débiles de nuestra pastoral. Existen algunos puntos débiles en el ministerio pastoral y en la vida de las comunidades cristianas que pueden ser aprovechados por los NMR. Donde hay escasos sacerdotes, esos movimientos los suplen con muchos líderes y "evangelizadores" que son preparados en un tiempo relativamente breve. Donde los católicos son más bien ignorantes de la doctrina católica, presentan un fundamentalismo bíblico agresivo. Donde existe "escaso entusiasmo e indiferencia de los hijos de la Iglesia, que no están a la altura de su misión evangelizadora, por su débil testimonio de vida cristiana coherente",

las sectas muestran un dinamismo contagioso y un empeño notable. Donde la genuina enseñanza católica sobre la salvación única en el nombre de Jesucristo, sobre la necesidad de la Iglesia y sobre la urgencia de la actividad misionera y de la conversión se halla oscurecida, las sectas hacen propuestas alternativas.

Donde las parroquias son demasiado vastas e impersonales, los NMR crean pequeñas comunidades en las que el individuo se siente conocido, apreciado, amado y en las que desempeña un papel significativo. Donde los laicos, hombres y mujeres, se sienten marginados, ellos les asignan funciones directivas. Donde la sagrada liturgia suele celebrarse de manera fría y rutinaria, ellos celebran servicios religiosos caracterizados por una nutrida participación, con abundantes gritos de "aleluya" y "Jesús es el Señor", e insertando frases de la Escritura. Donde la inculturación atraviesa aún una fase vacilante, los NMR se presentan como grupos religiosos indígenas y dan a la gente la impresión de estar enraizados en el lugar. Donde las homilias tienen un carácter intelectual que supera la comprensión de la gente, los NMR impulsan un compromiso personal con Jesucristo y a una adhesión estrecha y literal a la Biblia. Donde la Iglesia parece estar más presente como una institución marcada por las estructuras y la jerarquía, los NMR subrayan la relación personal con Dios.

Razones políticas y económicas. Existen algunos países, por ejemplo en América Latina, donde algunas sectas se oponen a la doctrina social de la Iglesia, especialmente por lo que se refiere a la defensa de los pobres y los esfuerzos en favor de una promoción humana integral.

No hay que excluir, tampoco, consideraciones financieras entre las razones del nacimiento de algunas sectas. En algunas partes de África y de América Latina, los fundadores de las sectas se enriquecieron muy rápidamente.

Métodos que usan los NMR. No todos los métodos merecen desaprobación. El dinamismo de su acción misionera, la responsabilidad evangelizadora que asignan al nuevo "convertido", su utilización de los medios de comunicación social, el poner de relieve los objetivos que se han de perseguir, podrían hacernos reflexionar sobre cómo hacer más dinámica la actividad misionera de la Iglesia.

Hay métodos usados por algunos NMR que son contrarios al espíritu evangélico, porque no respetan suficientemente la libertad humana de conciencia.

Desde luego, no basta condenar esos métodos. Es preciso también preparar grupos pastorales que informen y formen a los fieles y que ayuden también a los jóvenes y a las familias afectadas por estas trágicas situaciones.

Acción del diablo. Entre las explicaciones del nacimiento y de la difusión de las sectas o los NMR no deberíamos excluir la acción del diablo, aunque esta acción sea desconocida por la gente a quien afecta. El maligno es el enemigo que siembra la cizaña entre el grano mientras la gente está durmiendo.

Un fenómeno de dimensiones mundiales. Han nacido en los Estados Unidos de América, en el siglo pasado, y especialmente en los últimos cuarenta años. Proviene principalmente del protestantismo, pero también de las religiones orientales y de la fusión de elementos religiosos y psicológicos. De los Estados Unidos se difundieron por América Latina, Sudáfrica, Filipinas y Europa.

En América Latina los NMR son, por lo general, de origen cristiano y suelen ser agresivos y negativos con respecto a la Iglesia católica, cuyo apostolado critican con frecuencia. Lo mismo se puede decir por lo que se refiere a Filipinas.

En África, el nacimiento de los NMR guarda más bien relación con la crisis política, cultural y social del post-colonialismo, con las cuestiones de la inculturación y con el deseo africano de curación y ayuda para afrontar los problemas de

la vida.

En Asia, los NMR de origen local no parecen ser la amenaza mayor en aquellos países donde el cristianismo constituye una minoría, excepto los que han sido importados de Europa y de América y que atraen a las personas, incluidos los intelectuales, con sus propuestas sincretistas y esotéricas de distensión, paz e iluminación.

En Europa, la crisis de una sociedad secularizada y altamente tecnológica, afectada por la fragmentación de una cultura que no comparte ya los mismos valores y creencias, favorece las sectas o los NMR que provienen de los Estados Unidos o de Oriente.

IV. PROBLEMAS Y DESAFÍOS PLANTEADOS POR LOS NMR

Unidad de la Iglesia. Los NMR alejan a los católicos de la unidad y de la comunión de la Iglesia. Esta comunión se basa en la unidad de fe, esperanza y amor, virtudes recibidas en el bautismo. Se nutre con los sacramentos, la palabra de Dios y el servicio cristiano.

Ecumenismo Es importante tener muy presente la distinción clara entre sectas y nuevos movimientos religiosos, y entre Iglesias y comunidades eclesiales.

La distinción entre relaciones ecuménicas y relaciones de la Iglesia con las sectas debe aún estudiarse con atención.

La fe amenazada y rechazada. Algunas sectas o NMR minan los principales artículos de la fe católica o los rechazan en la práctica. Proponen una comunidad religiosa hecha por el hombre, más bien que la de la Iglesia instituida por el Hijo de Dios.

Abandono de la fe. Algunos movimientos promueven un tipo de neo-paganismo, poniendo en el centro del culto al hombre en lugar de Dios, y pretendiendo poseer un conocimiento extraordinario, que se considera por encima de todas las religiones. Otros NMR se hallan relacionados con el ocultismo, la magia, el espiritismo e incluso con los ritos satánicos.

Ateísmo y no creencia. Algunos NMR, especialmente los que ejercen una fuerte presión sobre las personas, pueden preparar el terreno al ateísmo.

Proselitismo. Muchos NMR usan métodos que violan el derecho de otros creyentes o grupos religiosos a la libertad religiosa. Afirman sobre los otros cosas que no son verdad. Seducen a personas vulnerables por medio de dinero u otros bienes materiales, o mediante pesados bombardeos psicológicos u otras presiones.

Combatividad hacia la Iglesia católica. Algunos NMR son muy agresivos hacia la Iglesia católica. Parecen concentrarse sobre todo en las regiones tradicionalmente católicas como América Latina y Filipinas. Hacen todo cuanto está en su mano para arrancar de la Iglesia al mayor número posible de católicos. No muestran el mismo celo misionero con respecto a los que aún no creen en Cristo. Con frecuencia, interpretan los esfuerzos católicos de identificarse con los pobres como comunismo o subversión.

Daños psicológicos para los individuos. Hay algunos NMR que han producido daños psicológicos a los individuos mediante sus métodos de reclutamiento y formación, y a través de las medidas violentas que adoptan para evitar la fuga de sus miembros.

Relaciones con la sociedad. Algunos NMR han creado problemas a la sociedad o al Gobierno, a causa de su posición social, su fracaso al enseñar a sus miembros a ser ciudadanos responsables que cumplan sus propios deberes hacia los demás,

y la desorientación social de sus seguidores.

Un fenómeno que se ha de tomar en serio. La Iglesia debe analizar y dar una respuesta pastoral a este fenómeno.

V. RESPUESTA PASTORAL GENERAL

No una respuesta negativa. Al examinar qué posición ha de adoptar la Iglesia hacia los NMR, comencemos diciendo lo que no debe ser una respuesta pastoral. No debería ser un ataque. No debería implicar una actitud negativa hacia sus miembros. Más bien, se debería basar en la luz y en el amor.

La Iglesia no ve a las personas que pertenecen a los NMR como enemigos a los que se ha de atacar, sino como personas redimidas por Cristo, que ahora están en el error y con las que la Iglesia debe compartir la luz y el amor de Cristo. La Iglesia debe ver el fenómeno de los NMR como un signo de los tiempos.

Al tiempo que es consciente de que los NMR afectan sólo a una minoría, la Iglesia no puede menos de hacerse preguntas como las siguientes: ¿Qué es lo que lleva a la gente a enrolarse en los NMR? ¿Cuáles son los deseos legítimos de la gente a los que esos movimientos prometen una respuesta y que la Iglesia debería satisfacer? ¿Existen otras causas que expliquen el nacimiento y la difusión de esos movimientos? ¿Qué quiere Dios que haga la Iglesia en esta situación?

Acción de la Curia romana. Dado que algunos obispos personalmente y muchas Conferencias episcopales habían manifestado a la Santa Sede su preocupación pastoral con respecto a las actividades de las sectas o NMR en sus diócesis, cuatro dicasterios de la Curia romana (los Pontificios Consejos para la promoción de la unidad de los cristianos, para el diálogo interreligioso, para el diálogo con los no creyentes y para la cultura) enviaron un cuestionario a las Conferencias episcopales en 1983. Las respuestas que llegaron de 75 Conferencias episcopales fueron analizadas, sintetizadas y publicadas por estos cuatro dicasterios en mayo de 1986 con el título: *Sectas o nuevos movimientos religiosos. Desafío pastoral*.

El documento fue acogido positivamente tanto por los católicos como por los demás cristianos. Animó a los obispos a escribir cartas pastorales y a las Iglesias locales a estudiar el tema más a fondo.

La Santa Sede ha impulsado a la Federación internacional de las Universidades católicas para realizar un proyecto más amplio de investigación sobre los NMR, y ese proyecto está en marcha. El documento de 1986 se considera sólo como un punto de partida.

Acción a nivel de Iglesias locales. A nivel de diócesis y de Conferencias episcopales, han aumentado los centros de estudio y las comisiones sobre los nuevos movimientos religiosos. Se están publicando libros. Muchas Conferencias episcopales escriben cartas pastorales sobre el fenómeno. Los agentes pastorales se están informando y formando en el esfuerzo de analizar esta realidad y de encontrar respuestas adecuadas.

La Federación internacional de las Universidades católicas (FIUC). El Centro para la coordinación de las investigaciones de la FIUC emprendió investigaciones sobre las sectas en 1988. El primer director del proyecto fue el padre Remi Hoekman, o.p. Ahora la dirección corresponde al padre Michael Fuss, profesor en la Pontificia Universidad Gregoriana. Más de cincuenta expertos de los cinco continentes están trabajando en este complejo proyecto, cada uno según su especialización, desde el aspecto teológico, sociológico, psicológico, etc.

Los resultados de la investigación de la FIUC serán, sin duda, muy útiles para el trabajo pastoral de la Iglesia. La cuestión de los NMR no permite soluciones rápidas o fáciles. Análisis científicos e interdisciplinarios son elementos necesarios para dar una respuesta pastoral bien fundada y duradera.

¿Es posible el diálogo con los NMR? Algunas personas han preguntado si es posible el diálogo con los NMR. Ciertamente, la naturaleza y la misión de la Iglesia hacen que el diálogo con todo ser humano y con los grupos religiosos o culturales sea parte del estilo del apostolado de la Iglesia. El Concilio Vaticano II ha invitado al diálogo con los demás cristianos y con los demás creyentes.

La dificultad consiste en la manera de entablar el diálogo con los NMR con la debida prudencia y discernimiento.

La naturaleza de muchos NMR y su manera de actuar hacen muy problemático para la Iglesia el diálogo con ellos. El deber de los pastores de la Iglesia de defender a los fieles católicos de asociaciones erróneas y peligrosas es serio.

No se deberían formular condenas indiscriminadas contra los NMR. Los católicos deberían estar siempre dispuestos a estudiar e identificar sus elementos y tendencias buenos o nobles, para ver dónde es posible la colaboración. También deberían estudiar y observar los movimientos que hasta hoy han presentado una imagen poco clara.

Permanece el problema de aquellos NMR que persiguen una estrategia agresiva hacia la Iglesia, a veces con un apoyo económico y político externo. Sin rechazar la discusión con esos grupos, la Iglesia debe analizar cómo defenderse con medios lícitos.

VI. RESPUESTA PASTORAL ESPECIFICA

Orientaciones doctrinales de los obispos. Muchos NMR atraen a los católicos en lugares donde en la comunidad católica existe desorientación doctrinal o confusión. Esa confusión puede deberse, en parte, a dudas sembradas por algunos teólogos católicos y por otros que rechazan algunas enseñanzas del Magisterio, también podría deberse a una falta de instrucción religiosa, o a los ataques de las sectas.

Cualquiera que sea la causa, los obispos deben recordar que son "los pregoneiros de la fe que ganan nuevos discípulos para Cristo y son los maestros auténticos, o sea los que están dotados de la autoridad de Cristo, que predicán al pueblo que les ha sido encomendado la fe que ha de ser creída y ha de ser aplicada a la vida" (*Lumen Gentium*, 25). Todo obispo debe esforzarse por cumplir personalmente este deber e insistir "a tiempo y a destiempo" (2 Tm 4, 2), incluso cuando corre el riesgo de perder el aprecio de la mayoría desorientada, o de provocar los ataques de la minoría activa y agitada.

Catequesis adecuada e iniciación bíblica. La experiencia demuestra que los NMR se aprovechan de las situaciones de ignorancia religiosa entre los cristianos. Una catequesis adecuada debería servir, por lo tanto, como un camino para vacunar a la comunidad católica contra esos contagios. Dicha iniciación en la fe debería dar especial importancia a la Biblia.

Los católicos deberían estar tan preparados en su fe que puedan tener siempre a mano una respuesta que dar a los que les piden las razones de su esperanza (cf. 1 P 3, 15).

Oración y vida de devoción. Algunos NMR atraen a las personas porque les prometen oraciones y cultos que les van a satisfacer. La Iglesia, a nivel parroquial, debería estar convencida de que las propias tradiciones en la liturgia y en las devo-

ciones responden adecuadamente a la necesidad del espíritu humano, si se comprenden, se desarrollan y se viven correctamente.

Misticismo, paz y armonía. Los NMR prometen a la gente sabiduría, paz, armonía y autorrealización. Nuestra presentación del cristianismo debería consistir en anunciar la sabiduría divina, la unidad y la armonía con Dios y con toda la creación, la felicidad que es la preparación terrena para la bienaventuranza celestial, y la paz que el mundo no puede dar.

La dimensión de la experiencia religiosa no debería olvidarse en nuestra presentación del cristianismo. No basta proporcionar a la gente informaciones intelectuales. El cristianismo no es ni un conjunto de doctrinas ni un sistema ético. Es la vida en Cristo que puede vivirse a niveles cada vez más profundos.

Valoración debida de los gestos y de los símbolos. Muchos NMR ponen el acento en el aspecto emocional, más bien que en el especulativo. Sin llegar a ese exceso, será muy conveniente en muchas parroquias y lugares de culto poner atención al cuerpo, a los gestos y a los aspectos materiales en las celebraciones litúrgicas y en la devoción popular.

Comunidades vivientes. Los NMR atraen a los cristianos porque les ofrecen comunidades de vida acogedoras. Parroquias muy vastas pueden resultar, por ello, un problema, si no se realizan esfuerzos por hallar caminos que ayuden a cada persona a tener conciencia de ser amado, apreciado y para darle un papel que desempeñar.

La Iglesia debería ser vista y experimentada personalmente como una comunidad de amor y servicio que celebra y vive la santa Eucaristía.

Promover la participación y responsabilidad de los laicos. Es verdad que las sectas o NMR florecen principalmente en los lugares donde la actividad efectiva de los sacerdotes es esporádica o inexistente. Pero también es verdad que la Iglesia tiene necesidad de un liderazgo laico dinámico. Un clericalismo acentuado puede marginar al fiel laico y hacer que vea a la Iglesia como una institución guiada por funcionarios burocráticos ordenados. Los NMR, por su parte, muestran una gran actividad laica.

Discernimiento. Los NMR atraen con frecuencia a las personas que tienen hambre de algo más profundo en su vida religiosa. El peligro estriba en que ofrecen a corto plazo algo bueno, pero a largo plazo engendran confusión. De esa forma, personas atraídas por ellos pueden perder sus raíces católicas y, a pesar de un crecimiento temporal, quedar en una situación espiritual peor. Este es un campo muy importante donde se pueden ofrecer líneas de orientación a los pastores y a la gente.

Importancia de un programa diocesano. Cada diócesis o grupo de diócesis debería plantearse cuestiones como las siguientes: ¿Cuáles sectas o NMR se hallan presentes en la actualidad en su propio territorio? ¿Cuáles son los métodos con que actúan? ¿Cuáles son los puntos débiles de la vida católica de esa área, que explotan los NMR? ¿Cuáles ayudas prácticas reciben los fieles laicos en la espiritualidad y en la oración personal? ¿Cómo contribuye la Iglesia en la diócesis y en las parroquias a construir un apoyo genuino para los cristianos que se hallan en dificultades materiales, sociales o de otro tipo? ¿En la diócesis los católicos viven el Evangelio, comprometiéndose también el campo social?

¿Qué tipo de material reciben las personas de la diócesis de los radios nacionales o locales, de la prensa o de la televisión, y cuál es la respuesta de la pastoral de la Iglesia local para las comunicaciones sociales? ¿Las actividades de los NMR que se hallan presentes en el territorio sugieren la conveniencia de que el obispo publique un documento como guía para los fieles?

CONCLUSION

Frente a la dinámica actividad de los NMR, los pastores de la Iglesia no pueden actuar simplemente como antes, sin una atención especial. El fenómeno de los NMR es un desafío y una oportunidad. La Iglesia debe confiar en el hecho de que cuenta con los recursos necesarios para estar a la altura de la situación. Como dijo el Santo Padre a los obispos mexicanos el 12 de mayo de 1990: "La presencia de las llamadas 'sectas' es un motivo más que suficiente para hacer un profundo examen de la vida pastoral de la Iglesia local, buscando al mismo tiempo unas respuestas y orientaciones sólidas que permitan conservar y fortalecer la unidad del pueblo de Dios. Ante este desafío vosotros habéis establecido oportunamente unas opciones pastorales. Estas opciones pastorales van más allá de una mera respuesta al reto presente y quieren ser también vías para la nueva evangelización, tanto más urgentes cuanto que son caminos concretos para ahondar en la fe y en la vida cristiana de vuestras comunidades".

HOMILIA DURANTE LA MISA CONCLUSIVA DEL CONSISTORIO EXTRAORDINARIO, CELEBRADA EN LA BASILICA DE SAN PEDRO

UN NUEVO Y FUERTE IMPULSO PARA LA IGLESIA EN SU CONTINUO COMPROMISO DE EVANGELIZACION

1. "La piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido" (Sal 118, 22).

La liturgia pascual expresa con estas palabras del salmo una verdad central de la fe. La Iglesia cree que Dios construye su reino en el mundo. La construcción se apoya sobre la piedra angular. El misterio pascual es la revelación de esta piedra, sobre la que Dios mismo construye su reino. El hecho de que los hombres hayan desechado esta piedra, revela aún más claramente que Dios mismo es el constructor del reino; éste se realiza en los hombres y a través de los hombres, a pesar de sus contradicciones. En efecto, el reino de Dios es su vocación última y eterna.

Esta realidad tiene su expresión dramática precisamente en el misterio pascual. Durante la semana pasada y, principalmente durante el Triduo Pascual, la liturgia lo ha testimoniado de manera especial. Por lo demás, lo atestigua siempre, cada día, en cada una de las celebraciones eucarísticas, resaltando la verdad sobre Cristo, que es la piedra angular. Desechado por los constructores, Cristo se ha manifestado como aquel sobre el que se apoya plenamente toda construcción del reino de Dios en el mundo.

2. El drama del rechazo de Cristo es como la esencia de los acontecimientos que tuvieron lugar en Jerusalén durante la fiesta pascual.

El salmo lo testifica con las siguientes palabras:

"Se me empujó, se me empujó para abatirme pero el Señor vino en mi ayuda" (Sal 118, 13).

Estas palabras del salmo aluden a Cristo. Es el mismo Cristo que "el primer día de la semana" entra en el Cenáculo de Jerusalén, mientras las puertas estaban cerradas (cf. Jn 20, 19). Tras la experiencia de la muerte humana y del sepulcro, él ha vuelto a vivir. Muestra a los Apóstoles "las manos y el costado", en los que se aprecian las señales de la crucifixión. El que vive ha sido de verdad condenado a muerte y clavado en la cruz en el Gólgota. Se hallan en él todas las señales de la piedra desechada por los hombres.

El acontecimiento pascual del Cenáculo es quizá la teofanía más plena. Confirma esta realidad el episodio de la segunda aparición. Tomás, antes incrédulo, confiesa, al tocar la señal de los clavos, su fe con las palabras "Señor mío y Dios mío" (Jn 20, 28).

Esta es la teofanía más plena. Dios se revela en el hombre: se revela al precio de la cruz; se revela en virtud del dominio sobre la muerte humana. Dios se revela en su misterio trinitario: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

3. ¿Qué es la fe? Cristo responde a Tomás: "Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído" (Jn 20, 29).

¿Qué es la fe? La fe es lo contrario de la incredulidad, en cuanto se contraponen a quien trata de desechar la piedra angular que es Cristo. La fe es, por tanto, aceptar el Reino que Dios está construyendo en el mundo fundado sobre la persona de Cristo, fundado sobre esta piedra angular.

¿Qué es la fe?

La liturgia de este segundo domingo de Pascua, llamado *in albis*, da a esta pregunta una respuesta en la que está contenida toda la lógica de la Pas-

cua de Cristo: de la cruz a la resurrección. La liturgia responde con las palabras de la carta de san Juan, que refleja profundamente lo que Juan, junto con los demás Apóstoles y Tomás, ha podido experimentar en el Cenáculo de Jerusalén.

Estas son las palabras de Juan: "Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios... Pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe".

"Pues, ¿quién vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (1 Jn 5, 1. 4-5).

"Señor mío y Dios mío" (Jn 20, 28).

4. La Pascua, la Pascua de Cristo, constituye este momento particular en que se decide el problema de la fe y de la incredulidad: aceptar o rechazar el reino que Dios construye en el mundo y que se funda sobre la piedra angular que es Cristo.

¿Acaso quieren indicar las palabras de Juan que la fe es el rechazo del mundo? El Apóstol habla de victoria y no del rechazo. La victoria tiene lugar sobre el "mundo" que intenta imponerse al hombre como única dimensión y fin de su existencia, en cierto modo como "un absoluto" que no existe.

El hecho de que el mundo no es lo absoluto, ni la dimensión definitiva del hombre, lo prueba ante todo la realidad de la muerte. No puede ser absoluto lo que es mortal, perecedero, transitorio. Cristo, por medio de su victoria sobre la muerte, ha revelado lo absoluto que es Dios. La resurrección es la teofanía definitiva. "Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo".

5. Esta victoria es, al mismo tiempo, la más profunda aceptación de la creación, esto es, del mundo. El mundo que Dios creó por amor; el mundo que Cristo redimió. "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida" (Jn

15, 13) por su propia criatura.

El Concilio Vaticano II se encargó de cumplir una renovación de la fe pascual de la Iglesia:

"Constituido Señor por su resurrección, Cristo, al que le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también con ese deseo aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin. Mas los dones del Espíritu Santo son diversos" (*Gaudium et spes*, 38).

6. Estamos reunidos aquí, venerados y queridos hermanos en el episcopado, miembros del Colegio cardenalicio, precisamente para responder a las exigencias de esta fe pascual.

La liturgia nos recuerda a Cristo resucitado y reunido con los Apóstoles en el Cenáculo. También nosotros estamos reunidos con particular alegría en esta celebración, imbuida por la luz y el gozo pascual.

Agradezco de todo corazón a los hermanos cardenales su presencia en esta liturgia eucarística de la octava de Pascua, así como la aportación que han dado durante estos días en que hemos reflexionado todos juntos sobre algunos problemas que preocupan a la Iglesia e interperlan nuestra responsabilidad frente a Dios y la humanidad.

7. El Consistorio extraordinario, en que todos los cardenales se reúnen en torno al Sucesor de Pedro, es siempre un acontecimiento importante, por el que debemos dar gracias al Señor, dador de todos los bienes. Estamos seguros de que este Consistorio no dejará de dar un nuevo impulso a la Iglesia en su permanente compromiso de evangelización de todas las gentes y en el asiduo cuidado pastoral de to-

dos los cristianos que, mediante el bautismo, se han convertido en miembros del *Cuerpo místico* de Cristo. En efecto, tal como afirma la constitución pastoral *Gaudium et spes*, "urgen al cristiano la necesidad y el deber de luchar, con muchas tribulaciones... Pero, asociado al misterio pascual, configurado con la muerte de Cristo, llegará, corroborado por la esperanza, a la resurrección... Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida, para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: Abba, ¡Padre!" (22).

Venerados hermanos cardenales y todos vosotros, queridos hermanos y hermanas:

"¡Este es el día que el Señor ha hecho, exultemos y gocémosnos en él!" (Sal 118, 24). Amén.

CONSISTORIO ORDINARIO PARA LA CREACION DE VEINTIDOS NUEVOS CARDENALES

El Sumo Pontífice Juan Pablo II celebró el viernes 28 de junio de 1991, en la sala Pablo VI, el Consistorio ordinario público para la creación de nuevos cardenales.

El Santo Padre llegó a las 11 a la sala de las audiencias, donde estaban ya reunidos los cardenales, mientras el coro de la Capilla Sixtina cantaba el "Exsultate iusti in Domino" (Salmo 32). Al llegar a la cátedra, Juan Pablo II comenzó con la señal de la cruz. Después de dirigir a la asamblea el saludo litúrgico, el Santo Padre leyó la fórmula de creación de los cardenales proclamando sus nombres:

- Angelo Sodano, pro-secretario de Estado;
- Alexandru Todea, arzobispo de Făgăraș y Alba Iulia;
- Pío Laghi, pro-prefecto de la Congregación para la educación católica;
- Edward Idris Cassidy, presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos;
- Robert Coffy, arzobispo de Marsella (Francia);
- Frédéric Etsou-Nzabi-Bamungwabi, c.i.c.m., arzobispo de Kinshasa;
- Nicolás de Jesús López Rodríguez, arzobispo de Santo Domingo;
- José T. Sánchez, secretario de la Congregación para la evangelización de los pueblos;
- Virgilio Noé, coadjutor del eminentísimo cardenal Arcipreste de la patriarchal basílica vaticana;
- Antonio Quarracino, arzobispo de Buenos Aires;
- Fiorenzo Angelini, presidente del Pontificio Consejo para la pastoral de los agentes sanitarios;
- Roger Michael Mahony, arzobispo de Los Angeles;
- Juan Jesús Posadas Ocampo, arzobispo de Guadalajara;
- Anthony Joseph Bevilacqua, arzobispo de Filadelfia de los Latinos;
- Giovanni Saldarini, arzobispo de Turín;
- Cahal Brendan Daly, arzobispo de Armagh;
- Camilo Ruini, pro-vicario general para la diócesis de Roma;
- Ján Chryzostom Korec, s.j., obispo de Nitra;
- Henri Schwery, obispo de Sión;
- Georg Maximilian Sterzinsky, obispo de Berlín;
- Guido Del Mestri, nuncio apostólico;
- P. Paolo Dezza, s.j.

Con gran alegría agregó públicamente al Colegio cardenalicio al excelentísimo monseñor Ignatius Gong Pin-mei, obispo de Shanghai, que se había reservado "in pectore" en el Consistorio de 1979.

Cuando el Papa pronunció el nombre del que se había reservado "in pectore" en el primer Consistorio de su pontificado, todos los fieles se

pusieron en pie y prorrumpieron en un nutrido y prolongado aplauso. Luego, el primero de los nuevos cardenales, mons. Angelo Sodano, se acercó a la cátedra pontificia y dirigió al Papa un discurso de saludo y agradecimiento en nombre de todos.

Juan Pablo II leyó la oración colecta pidiendo que "la Iglesia, fiel a su misión, comparta siempre las alegrías y esperanzas de la humanidad y se manifieste como levadura y alma del mundo para renovar en Cristo la comunidad de los pueblos y transformarlos en la familia de Dios".

Después de la lectura de un pasaje de la primera carta del apóstol san Pedro (5, 1-11), se cantó el salmo responsorial "Laudate Dominum in voce exsultationis" y a continuación la antifona de aclamación. Seguidamente se proclamó el evangelio según san Marcos (10, 32-45). El Papa pronunció en italiano este discurso:

LA GREY DE DIOS TIENE NECESIDAD DE PASTORES HUMILDES Y AUDACES

1. "Apacentad la grey de Dios (...) siendo modelos de la grey" (1 P 5, 2-3).

Estas palabras del apóstol Pedro iluminan con intensidad singular el Consistorio público de hoy. Resuenan en lo más profundo de nuestro espíritu y constituyen una invitación y un llamamiento, una entrega y un aliento.

En primer lugar, se dirigen a vosotros, venerados hermanos, a quienes he querido inscribir en el Senado de la Iglesia romana. Hay entre vosotros representantes dignos de antiguas comunidades eclesiales y pastores de Iglesias jóvenes; servidores infatigables de la Sede Apostólica y testigos del Evangelio, cuya fidelidad a Cristo se acrisoló por medio de duras y largas pruebas. En vosotros se hacen presentes las esperanzas y las expectativas de todo el pueblo de Dios, especialmente de naciones que recientemente han salido de un largo período de opresión y de gravosas restricciones políticas y religiosas. En la alegría y en el entusiasmo de este encuentro solemne se advierte la comunión viva de la Iglesia que encuentra en Pedro "el principio y el fundamento visible de la unidad" (Concilio Vaticano I, const. dogm. *De Ecclesia Christi, Pastor aeternus, DS 3051, cf. Lumen gentium, 18*).

Sois servidores eminentes de esta Iglesia, que no vive encerrada e inerte en el secreto de sus templos, sino que con su apostolado abre los brazos a toda la humanidad. A vosotros, como a todo ministro del Evangelio, se os pide apacentarla con amor y con vigor; con la lucidez y la sabiduría de los maestros, y con la fidelidad y la valentía de los mártires.

Doy las gracias al eminentísimo cardenal Angelo Sodano quien, haciéndose intérprete de vuestros sentimientos, ha querido reafirmar precisamente este compromiso de servicio humilde y desinteresado, asegurando una colaboración generosa en espíritu de comunión fiel con esta Sede Apostólica.

2. "Apacentad la grey de Dios". La grey de Dios, que debe recorrer nuevas y comprometedoras etapas misioneras en el camino de la evangelización, hoy tiene necesidad de *pastores humildes y audaces*: de pastores que sepan servir a la verdad y hacer visible el amor misericordioso del Padre celestial.

Muchas veces he tenido ocasión de subrayar que la fe de los creyentes hoy es interpelada con insistencia por cambios radicales. Asimismo, he expresado muchas veces mi íntima gratitud al Señor por la nueva situación que se ha creado en Europa central y oriental, donde el desarrollo providencial de los acontecimientos ha hecho posible la reorganización y normalización de la vida de la Iglesia católica, tanto de rito bizantino como de rito latino, favoreciendo el crecimiento tan deseado.

La presencia entre los nuevos purpurados de prelados procedentes de esas beneméritas comunidades es para ellas justo signo de aprecio, además de motivo de consuelo y estímulo a la esperanza. Efectivamente, si a pesar de la dureza y la persistencia de las pruebas esas comunidades cristianas no cedieron a adulaciones ni a chantajes fue también por mérito de pastores valientes, que supieron mantener unida la grey que les fue confiada y siguieron alimentando en los corazones las ciertas consoladoras de la fe.

A esas comunidades, algunas de las cuales están dignamente representadas aquí, dirijo mi saludo conmovido, que quiere alcanzar en particular a los sacerdotes, a los religiosos y a los laicos que por la fe pagaron un tributo, a veces muy pesado, de sufrimiento.

Mi saludo se extiende, además, a las demás comunidades de las que proceden los nuevos purpurados que llamé a formar parte del Colegio cardenalicio. Hay entre ellos prelados de todos los continentes: Europa, Asia, África, América y Oceanía; personas que, en servicios delicados e importantes a la Sede Apostólica o en el ministerio pastoral, se distinguieron por su abnegación, fidelidad, celo iluminado e incansable. Pasando revista a cada uno de ellos y sus encargos, se tiene una confirmación estupenda de la *universalidad de la Iglesia* y, al mismo tiempo, de su *unidad*: personalidades, culturas y experiencias diversas convergen hacia el centro de la catolicidad, hacia esta Sede "fundada y constituida en Roma—para usar las palabras de san Ireneo, cuya memoria litúrgica se festeja hoy—por los dos gloriosísimos apóstoles Pedro y Pablo", y con la cual, "por su alta preeminencia, es necesario que conengan todas las Iglesias, es decir todos los fieles que existen en el universo" (*Adv. Haeres.* 3, 3, 2); al mismo tiempo, de esta Sede, mediante su testimonio, se difunde al mundo entero la genuina "tradición que procede de los Apóstoles" (*ib.*).

3. Venerados hermanos, ¡qué perspectivas tan exaltantes nos abren las palabras del gran obispo de León! Y al mismo tiempo, ¡qué tarea tan comprometida proponen! En esta relación esencial de comunión, que existe entre el centro de la Iglesia y cada una de sus partes, tenéis deberes específicos y responsabilidades peculiares. ¿Acaso no se halla una referencia directa a ellas en la fórmula antigua y venerable con la que, dentro de poco, tendré la alegría de imponer a cada uno de vosotros el birrete rojo?

"Accipite biretum rubrum (...) per quod designatur quod usque ad sanguinis effusionem (...) vos intrepidos exhibere debeatis".

Usque ad sanguinis effusionem: hasta el derramamiento de la sangre! No son sólo palabras convencionales: ¡algunos de vosotros lo saben bien! Su experiencia es una advertencia para todos: cada uno debe estar preparado para comportarse con fortaleza indómita para el incremento de la fe, para el servicio al pueblo cristiano, para la libertad y la difusión de la Iglesia.

Servir y dar la vida por los hermanos hasta el derramamiento de la sangre: he aquí la consigna que esta mañana se os confía solemnemente.

4. "El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos" (*Mc* 10, 43 s.).

Fiel a la invitación del Hijo de Dios, la Iglesia recorre desde hace dos mil años los caminos de los hombres, al servicio del hombre. Educadora de los individuos y de los pueblos, se inclina ante la persona con solicitud incesante; escruta las riquezas y percibe sus aspiraciones, aun las más profundas, con la intuición del amor. El hombre es el camino de la Iglesia; *vive en el corazón del hombre y el hombre vive en su corazón*. Por eso toda esperanza y sufrimiento humano le conciernen y la interpelan.

Y a la humanidad inquieta y preocupada, hambrienta de verdad y de paz, continúa anunciándole y ofreciéndole la única salvación: Jesucristo, el Hijo de Dios y de la Virgen María. Así, mientras la acción del Espíritu Santo renueva constantemente la grey del Señor y fortalece en su seno la comunión y la unidad, el compromiso de la evangelización lo impulsa hacia metas siempre nuevas entre los pueblos y las naciones de toda condición y cultura. A cada creyente la Iglesia le lleva la Buena Nueva del amor que redime.

Vosotros, queridos nuevos cardenales, seréis servidores y apóstoles atentos de esta Iglesia, asociados a mi singular ministerio petrino mediante un título nuevo y más directo. Vuestro empeño peculiar será *amar a Cristo*, testimoniándolo y hacer que sea amado; *amar a la Iglesia*, defenderla y darla a conocer, a fin de que todas las razas, lenguas, pueblos y naciones (cf. *Ap* 5, 9) reconozcan que en ella se realiza la salvación de Dios hasta los confines de la tierra (cf. *Is* 49, 6).

No es un cometido fácil, pero es noble y exaltante; exige apertura y firmeza, fidelidad y entrega sin reservas ni vacilaciones, pero que enriquece a quien lo acepta con las consolaciones superiores del Espíritu. Sólo las personas que viven en sí mismas una pasión auténtica por Cristo y por el hombre pueden recorrer un itinerario de santidad tan exigente, que los lleve a hacerse siervos de todos y a dar, como Cristo y en él, "su vida como rescate por muchos" (*Mc* 10, 45).

5. Con adhesión renovada al Señor de la vida, la Iglesia se encamina, así, a recorrer este último período del siglo que nos separa del tercer milenio, recogiendo los retos de los tiempos modernos y llevando al hombre contemporáneo la antorcha de la gracia divina que salva.

La Iglesia no teme los vientos de las contradicciones, de las tentaciones y de las adversidades, porque está enraizada en la verdad de Cristo que la ilumina y en la fuerza del Espíritu que la sostiene. Incluso cuando todo parece vacilar alrededor de ella, permanece siempre firme. Se le aplican con razón las palabras del salmo: "Se estremece la tierra con todos sus habitantes, mas yo sostengo sus columnas" (*Sal* 75, 4). La Iglesia sabe que está llamada a formar el fundamento estable de la nueva sociedad renovada en el amor, de esa "*una gens*" a la que se refería con palabras apasionadas el gran obispo de Hipona: "*Una gens quia una fides, quia una spes, quia una caritas, quia una expectatio*" (*Enarr. in Ps.* 85, 14).

6. María es la imagen perfecta de esta Iglesia que vive la espera del encuentro definitivo con el Esposo divino en la fe, la esperanza y el amor. Vaya a ella, Madre de Dios y Madre nuestra, en esta circunstancia significativa, víspera de la solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo, nuestra gratitud filial por su asistencia materna con la que ha guiado y sigue guiando constantemente al pueblo cristiano. Se dirija a ella nuestra invocación por vosotros, nuevos cardenales, por los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas que han colaborado con vosotros en el apostolado, por todos los fieles de vuestras diócesis, por vuestros seres queridos y por las naciones de las que procedéis.

Que el camino de la Iglesia esté lleno de sabiduría y santidad, de esperanza y de reconciliación. Que crezca en ella el diálogo confiado entre todas las comu-

nidades en Occidente y en Oriente, especialmente en aquellas naciones —como por ejemplo el Líbano— donde la familia de los creyentes debe afrontar múltiples y graves dificultades, para cuya superación es necesario el esfuerzo concorde de todos. Saludo con este espíritu de comunión fraterna también a los representantes del patriarcado de Constantinopla, que han venido a Roma para las celebraciones anuales en honor de los apóstoles Pedro y Pablo y, a través de sus personas, deseo hacer llegar mi recuerdo cordial a todas las Iglesias de Oriente. Ojalá el pueblo de Dios responda plenamente a la misión que le ha encomendado la Providencia de ser en Cristo signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (cf. *Lumen gentium*, 1).

Acompaño estos deseos con una bendición apostólica particular.

Después, los nuevos cardenales, acogiendo la invitación que les hizo Juan Pablo II, hicieron juntos la profesión de fe ante el pueblo de Dios, pronunciaron luego la fórmula de fidelidad y obediencia al Romano Pontífice, leyendo en latín el siguiente texto:

"Yo... cardenal de la santa Iglesia romana, prometo y juro que, a partir de este momento y siempre mientras viva, seré constantemente fiel a Cristo y a su Evangelio y obediente a la santa Iglesia apostólica romana y a san Pedro en la persona del Sumo Pontífice Juan Pablo II, así como a sus Sucesores canónica y legítimamente elegidos; y que no manifestaré a nadie, a no ser con consentimiento de la Sede Apostólica, nada de cuanto directa o indirectamente se me confiase y cuya divulgación resultase en perjuicio o deshonra para la santa Iglesia y para el Sumo Pontífice. Y que Dios omnipotente me ayude".

Terminado el juramento de fidelidad, la "schola" entonó el "Tu es Petrus".

Siguió el rito de la imposición de la birreta roja, signo —se explica en la misma fórmula litúrgica— de la alta disponibilidad del cardenal "a comportarse con fortaleza hasta el derramamiento de la sangre por el incremento de la fe cristiana, por la paz y la tranquilidad del pueblo de Dios y por la libertad y difusión de la santa Iglesia romana".

Los neocardenales se fueron acercando uno a uno a la cátedra del Papa y, después de hacer una inclinación, se arrodillaron ante El Sumo Pontífice, Juan Pablo II les impuso la birreta y les entregó a cada uno la bula de creación cardenalicia y de asignación del Título presbiteral o diaconal de Roma, con el que pasa a ser miembro del clero romano, como signo de participación en la solicitud pastoral del Papa en la Urbe.

Su Santidad dio el abrazo de paz a cada uno de los purpurados. A su vez, los nuevos cardenales fueron abrazando luego a los antiguos.

Prosiguió la celebración de la Palabra con la oración universal de toda la asamblea, que pidió por la santa Iglesia, por el supremo Pastor, por los nuevos cardenales y por todo el Colegio cardenalicio, por los jefes de las naciones, por sus gobernantes, por los que sufren a causa

de la fe y por todos los presentes. El Papa leyó personalmente la intención en la que se pedía por Yugoslavia. Al final el Santo Padre entonó el Padrenuestro e impartió la bendición apostólica.

En la ceremonia estuvieron presentes delegaciones de algunos países de procedencia de los nuevos cardenales. Asistieron el Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, los prelados y sacerdotes de la Curia romana y una gran asamblea cosmopolita, de la que formaban parte obispos y sacerdotes que habían llegado de los países de procedencia de los nuevos cardenales. Por primera vez miles de fieles que no pudieron entrar en la Sala Pablo VI, pudieron seguir el Consistorio a través de una pantalla gigante instalada delante del altar de la Confesión en la basílica vaticana. Juan Pablo II, con gesto delicado, entró en la basílica de San Pedro para saludar a la asamblea cosmopolita, antes de ir al aula Pablo VI.

La espléndida ceremonia terminó a las 13 con el canto del "Sub tuum praesidium".

CARTA A LOS SACERDOTES CON OCASION DEL DIA DE JUEVES SANTO 1991

En su carta de este año el Santo Padre pide a sus hermanos sacerdotes que repasen con su mente y, sobre todo, "con el corazón en la mano", su propio itinerario sacerdotal, teniendo en cuenta las urgentes necesidades de la Iglesia, que afectan también a las tierras de la primera evangelización. "La experiencia de los últimos decenios demuestra cada vez más claramente cuánta necesidad hay del sacerdote en la Iglesia y en el mundo", sobre todo en algunas zonas

El Papa insiste, en su carta, en la desigual distribución de los sacerdotes entre las diversas partes de la comunidad de la Iglesia en todo el mundo, y recuerda que el don recibido con la ordenación no les prepara a una misión limitada, sino a la misión universal y amplísima de salvación hasta los confines de la tierra.

¡Venerados y queridos hermanos en el sacerdocio ministerial de Cristo!

1. "El Espíritu del Señor está sobre mí" (Lc 4, 18; cf. Is 61, 1).

Mientras estamos recogidos en las catedrales de nuestras diócesis, alrededor del obispo, para la liturgia de la misa crismal, escuchamos estas

palabras pronunciadas por Cristo en la sinagoga de Nazaret. Al presentarse por primera vez ante la comunidad de su pueblo de origen, Jesús lee en el libro del profeta Isaías las palabras del anuncio mesiánico: "El Espíritu del Señor está sobre mí; por esto me ha consagrado con la unción y me ha enviado" (Lc 4, 18). En su significado inmediato, estas palabras indican la misión profética del Señor, como anunciador de la Buena Noticia, pero podemos aplicarlas a la gracia multiforme que nos comunica.

La renovación de las promesas sacerdotales, el día de Jueves Santo, ya unida al rito de la bendición de los santos óleos, los cuales, en algunos sacramentos de la Iglesia, expresan aquella unción del Espíritu Santo, que emana de la plenitud de Cristo. La unción con el Espíritu Santo pone en acción primeramente el *don sobrenatural* de la gracia santificante, mediante el cual el hombre se hace partícipe, en Cristo, de la naturaleza divina y de la vida de la Santísima Trinidad. Tal donación constituye en cada uno de nosotros la fuente interior de la vocación cristiana, y de toda vocación dentro de la comunidad de la Iglesia, como pueblo de Dios de la Nueva Alianza.

En este día miramos, pues, a Cristo, que es la plenitud, la fuente y el modelo de todas las vocaciones, en particular al servicio sacerdotal, en cuanto participación peculiar en su sacerdocio mediante el carácter del sacramento del orden.

Solamente en él se da la plenitud de la unción, la plenitud del don, que es para todos y para cada uno. Es inagotable. En los comienzos del Triduo Sacro, cuando la Iglesia entera, a través de la liturgia, se adentra de manera especial en el misterio pascual de Cristo, nosotros leemos ahí *cuan profunda es nuestra vocación*, que es ministerial y debe ser vivida a ejemplo del Maestro quien, antes de la Última Cena, lava los

pies a los Apóstoles.

De la plenitud del don del Padre que hay en él y que por mediación suya es otorgado al hombre, Cristo instituirá durante esta misma Cena el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, bajo las especies de pan y de vino, y lo pondrá confiadamente —el sacramento de la Eucaristía— en manos de los Apóstoles y, por mediación de ellos, en manos de la Iglesia, para todos los tiempos, hasta su venida definitiva en la gloria.

En virtud del Espíritu Santo, operante en la Iglesia desde el día de Pentecostés, este sacramento, a través de la larga serie de las generaciones sacerdotales, se nos ha confiado también a nosotros en el momento presente de la historia del hombre y del mundo que, en Cristo, se ha convertido ya para siempre en historia de la salvación.

Cada uno de nosotros, queridos hermanos, ha de repasar hoy con su mente y con el corazón en la mano la propia vía hacia el sacerdocio y, después, la vía seguida en el sacerdocio, que es la vía de la vida y del servicio, que nos ha venido del Cenáculo. Todos recordamos el día y la hora en que, después de haber recitado juntos las letanías de los santos, postrados sobre el pavimento del templo, el obispo impuso sus manos sobre cada uno de nosotros, en profundo silencio. Desde los tiempos apostólicos, la imposición de manos es el signo de la transmisión del Espíritu Santo, el cual es, en sí mismo, supremo artífice de la santa potestad sacerdotal: autoridad sacramental y ministerial. Toda la liturgia del triduum sacrum nos acerca al misterio pascual, en el cual esta autoridad tiene su comienzo para ser servicio y misión: aquí podemos aplicar las palabras del libro de Isaías (cf. Is 61, 1), pronunciadas por Jesús en la sinagoga de Nazaret: "El Espíritu del Señor está sobre mí; por esto me ha consagrado con la unción y me ha enviado".

2. Venerados y queridos hermanos: al escribiros el año pasado para el día de Jueves Santo, trataba de orientar vuestra atención hacia la *asamblea del Sínodo de los obispos* que iba a ser dedicada a la "formación sacerdotal". La asamblea tuvo lugar en el pasado mes de octubre y ahora mismo se está preparando, con la colaboración del Consejo de la Secretaría del Sínodo, la publicación del correspondiente documento.

Antes de que este texto sea publicado, ya hoy quiero anticiparos que el *Sínodo ha sido una gracia extraordinaria*. Eclesialmente, todo sínodo supone siempre una gracia de especial ejercicio de la colegialidad del episcopado de toda la Iglesia. Esta vez, la experiencia ha sido de una riqueza singular, debido a que, efectivamente, en esta asamblea sinodal han tomado la palabra los obispos de países donde, por así decirlo, la Iglesia acaba de salir de las catacumbas.

Otra gracia del Sínodo ha sido una *nueva madurez por lo que se refiere a la visión del servicio sacerdotal dentro de la Iglesia*: una madurez a medida de los tiempos en que se está desplegando nuestra misión. Una madurez que se expresa como una honda lectura de la esencia misma del sacerdocio sacramental y, por tanto, también de la vida personal de cada sacerdote, esto es, de su participación en el misterio salvífico de Cristo: "*Sacerdos, alter Christus*". Es esta una expresión que nos está indicando cuán necesario sea partir de Cristo para leer la realidad sacerdotal. Solamente así podemos corresponder plenamente a la verdad sobre el sacerdote, el cual, "*tomado de entre los hombres, es constituido para intervenir a favor de los hombres en sus relaciones con Dios*" (Hb 5, 1). La dimensión humana del servicio sacerdotal, para ser plenamente auténtica, necesita estar enraizada en Dios. En efecto, a través de todo eso en que ella interviene "a favor de los hombres", tal

servicio "se relaciona con Dios", es decir, acrecienta la múltiple riqueza de esta relación. De ahí que, si no hace un esfuerzo por corresponder a la "unción con el espíritu del Señor", por la que es constituido en el sacerdocio ministerial, el sacerdote no puede dar satisfacción a las esperanzas que los hombres —la Iglesia y el mundo— relacionan justamente con él.

Todo esto está en estrecha conexión con la *cuestión de la identidad sacerdotal*. Es difícil decir por qué razones, en el período postconciliar, la conciencia de esta identidad se ha vuelto incierta en algunos ambientes. Esto podía depender de una lectura impropia del magisterio conciliar de la Iglesia en el contexto de ciertas premisas ideológicas extrañas a la Iglesia y de ciertas tendencias que provienen del ambiente cultural. Da la impresión de que en los últimos tiempos —aunque tales premisas y tendencias siguen teniendo fuerza— se está dando una significativa transformación dentro de las mismas comunidades eclesiales. Los seglares sienten la insoslayable necesidad de sacerdotes como condición de su vida propia y de su propio apostolado. A su vez, esta necesidad se hace notar, es más, se vuelve más impelente, en múltiples situaciones, debido a la falta o al número insuficiente de ministros para dispensar los misterios de Dios. Esto afecta también, bajo otros aspectos, a las tierras de la primera evangelización, tal como se expone en la reciente encíclica sobre las misiones.

Esta *necesidad de sacerdotes* —fenómeno variadamente en crecimiento— deberá ayudar a superar la crisis de la identidad sacerdotal. La experiencia de los últimos decenios demuestra cada vez más claramente, cuánta necesidad hay del sacerdote en la Iglesia y en el mundo, y esto no ya en una forma "laicizada", sino precisamente en aquella que se desprende del Evangelio y de la rica tradición de la Iglesia. El magis-

terio del Concilio Vaticano II da expresión y, a la vez, corrobora esta Tradición en el sentido de una oportuna puesta al día ("accommodata renovatio"); en este mismo rumbo se han orientado en sus intervenciones los participantes en el último Sínodo, así como los representantes de los sacerdotes, invitados de varias partes del mundo.

El proceso de renacimiento de las vocaciones sacerdotales suple sólo parcialmente la falta de sacerdotes. Y aunque, a escala global, este proceso es positivo, sin embargo se dan desproporciones entre las diversas partes de la comunidad de la Iglesia en todo el mundo. El cuadro se presenta bastante diversificado.

En ocasión del Sínodo este cuadro ha sido sometido a los más pormenorizados análisis, no sólo con fines de estadística, sino también con miras a un posible "intercambio de dones", esto es, de ayuda recíproca. La oportunidad de esta ayuda se impone por sí misma, ya que, como es sabido, hay lugares donde existe un solo sacerdote para pocos centenares de fieles y, en cambio, hay otros en que un sacerdote ha de atender a diez mil e incluso a un número todavía mayor. A este respecto quisiera recordar algunas expresiones del decreto del Concilio Vaticano II sobre "el ministerio y la vida sacerdotal": "El don espiritual que los presbíteros han recibido en la ordenación no les prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación hasta lo último de la tierra (Hch 1, 8). Recuerden, pues, los presbíteros que a ellos les incumbe la solicitud por todas las Iglesias" (Presbyterorum ordinis, n. 10). La angustiosa falta de sacerdotes en algunas regiones hace hoy más actuales que nunca estas palabras del Concilio. Espero que, sobre todo en las diócesis más ricas de clero, sean medidas seriamente y actuadas de la ma-

nera más generosa posible.

De todos modos, por doquiera y en cualquier lugar, es indispensable la oración para que "el Padre de la mies envíe obreros a su mies" (cf. Mt 9, 38). Esta es la oración por las vocaciones y es también la oración por todo sacerdote para que consiga una madurez cada día mayor en su vocación: en su vida y en su ministerio. Esta madurez contribuye de modo especial al aumento de las vocaciones. Simplemente hay que amar el propio sacerdocio, hay que comprometerse uno a sí mismo, para que de esta manera la verdad sobre el sacerdocio ministerial se haga atrayente para los demás. En la vida de cada uno de nosotros debe ser leible el misterio de Cristo, de donde arranca el "sacerdos" como "alter Christus".

3. Al despedirse de los Apóstoles en el Cenáculo, Jesucristo les prometió el Paráclito, otro Consolador, el Espíritu Santo, "que procede del Padre y del Hijo". Así dijo en efecto: "Os conviene que yo me vaya. Porque, si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; y si me voy, os lo enviaré" (Jn 16, 7). En concreto, estas palabras ponen de especial relieve la relación existente entre la Última Cena y Pentecostés. A costa de su "despedida", por el sacrificio de la cruz en el Calvario (e incluso antes de la "despedida" para volver al Padre, cuarenta días después de la resurrección), Cristo permanece en la Iglesia: permanece mediante el poder del Paráclito, del Espíritu Santo que "da la vida" (Jn 6, 63). Es el Espíritu Santo quien "da" esta vida divina; vida que en el misterio pascual de Cristo se ha revelado más poderosa que la muerte; vida que ha comenzado, con la resurrección de Cristo, en la historia del hombre.

El sacerdocio está totalmente al servicio de esta vida: da testimonio de ella mediante el servicio de la Palabra, la crea, la regenera y multiplica mediante el servicio de los sacramentos. El

propio sacerdote vive antes que nada de esta vida, la cual es la fuente más profunda de su madurez sacerdotal y también la garantía de fecundidad espiritual para todo su servicio. El sacramento del orden imprime en el alma del sacerdote un carácter particular, el cual, una vez recibido, permanece en él como fuente de la gracia sacramental, de todos los dones y carismas que corresponden a la vocación al servicio sacerdotal en la Iglesia.

La liturgia del Jueves Santo es un momento especial del año, en el que podemos y debemos renovar y reavivar dentro de nosotros la gracia sacramental del sacerdocio. Lo hacemos en unión con el obispo y con todo el presbiterio, teniendo ante los ojos la realidad misteriosa del Cenáculo: la del Jueves Santo y la de Pentecostés. Entrando en las profundidades divinas del sacrificio de Cristo, nos abrimos al mismo tiempo al Espíritu Santo Paráclito, cuyo don es nuestra participación característica en el único sacerdocio de Cristo, el eterno Sacerdote. Es por obra del Espíritu Santo como podemos obrar "in persona Christi", cuando celebramos la Eucaristía y cuando ejercemos todos los servicios sacramentales para la salvación de los demás.

Nuestro testimonio de Cristo es a menudo muy imperfecto y defectuoso. ¿Qué consuelo para nosotros estar seguros de que fundamentalmente es él, el Espíritu de verdad, el que da testimonio de Cristo (cf. Jn 15, 26)? ¡Ojalá nuestro testimonio humano se abra, por encima de todo, a su testimonio! En efecto, él mismo "escruta las profundidades de Dios" (cf. 1 Co 2, 10), y solamente él puede acercar estas "profundidades", estas "grandezas de Dios" (cf. Hch 2, 11) a las mentes y a los corazones de los hombres, a los cuales somos enviados como servidores del evangelio de la salvación. Cuanto más sintamos que nos rebasa nuestra misión, tanto más debemos abrirnos a la acción

del Espíritu Santo. Especialmente cuando la resistencia de las mentes y de los corazones, la resistencia de una civilización generada bajo el influjo del "espíritu del mundo" (cf. 1 Co 2, 12), se hace particularmente perceptible y fuerte.

"El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza... intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rm 8, 26). No obstante la resistencia de las mentes, de los corazones y de la civilización impregnada del "espíritu del mundo", sin embargo perdura en toda la creación "la espera", de la que habla el Apóstol en la carta a los Romanos: "Toda la creación gime y está en dolores de parto hasta el momento presente" (Rm 8, 22), "para ser admitida a la libertad de la gloria de los hijos de Dios" (ib. 8, 21). ¡Que esta visión paulina no abandone nunca nuestra conciencia sacerdotal y que nos sirva de apoyo para nuestra vida y nuestro servicio! Entonces comprenderemos por qué el sacerdote es necesario para el mundo y para los hombres.

4. "El Espíritu del Señor está sobre mí". Antes de que llegue a nuestras manos el texto de la exhortación post-sinodal sobre el tema de la formación sacerdotal, os ruego que acojáis, venerados y queridos hermanos en el sacerdocio ministerial, esta carta del Jueves Santo. Sea ella el signo y la expresión de la comunión que nos une a todos, obispos y sacerdotes, y también diáconos, mediante un vínculo sacramental. Que ella nos ayude a seguir con la fuerza del Espíritu Santo a Cristo Jesús, "autor y perfeccionador de la fe" (Hb 12, 2).

Con mi bendición apostólica.

Vaticano, a 10 de marzo —domingo cuarto de Cuaresma— del año 1991, décimo tercero de Pontificado.

JUAN PABLO II

CARTA A TODOS LOS OBISPOS DE LA IGLESIA

SOBRE LA INTANGIBILIDAD DE LA VIDA HUMANA

Querido hermano en el episcopado:

El reciente Consistorio extraordinario de los cardenales, que ha tenido lugar del 4 al 7 de abril en la Ciudad del Vaticano, ha desarrollado una discusión amplia y profunda sobre las amenazas a la vida humana, y se ha concluido con un voto unánime: los cardenales se han dirigido al Papa pidiendo que "reafirme solemnemente en un documento (la mayoría de los cardenales ha propuesto una encíclica) el valor de la vida humana y su intangibilidad, con relación a las actuales circunstancias y a los atentados que la amenazan".

Como usted podrá comprobar en la síntesis que le enviaré el excelentísimo prosecretario de Estado, de las ponencias y de los trabajos del Consistorio ha surgido un panorama impresionante: en el contexto de la multiforme agresividad de los actuales ataques a la vida humana —sobre todo cuando ésta es más débil e indefensa—, los datos estadísticos presentan una verdadera y auténtica "matanza de los inocentes" a nivel mundial; pero sobre todo es preocupante el hecho de que la conciencia moral parece ofuscarse terriblemente y encontrar cada vez mayor dificultad para darse cuenta de la distinción clara y precisa entre el bien y el mal en lo que se refiere al valor fundamental de la vida humana.

En realidad, si es muy grave e inquietante el fenómeno tan extendido de la eliminación de muchas vidas humanas nacientes o cercanas a su final, no menos grave e inquietante es el apagarse de la sensibilidad moral en las conciencias. Las leyes y las normativas civiles no sólo ponen de manifiesto este oscurecimiento, sino que contribuyen a reforzarlo. En efecto, cuando unos parlamentos votan leyes que autorizan el matar a inocentes y unos Estados ponen sus recursos y estructuras al servicio de estos crímenes, las conciencias individuales —con frecuencia poco formadas— son inducidas más fácilmente a error. Para romper este círculo vicioso, parece más urgente que nunca el reafirmar con fuerza nuestro común magisterio, fundamentado en la Sagrada Escritura y en la Tradición, sobre la intangibilidad de la vida humana inocente.

El centenario de la encíclica *Rerum novarum*, que la Iglesia celebra este año, me sugiere una analogía sobre la que quisiera llamar la atención a todos. Así como hace un siglo la clase obrera estaba oprimida en sus derechos fundamentales, y la Iglesia tomó su defensa con gran valentía, proclamando los derechos sacrosantos de la persona del trabajador, así ahora, cuando otra categoría de personas está oprimida en su derecho fundamental a la vida, la Iglesia siente el deber de dar voz, con la misma valentía, a quien no tiene voz. El suyo es el clamor evangélico en defensa de los pobres del mundo y de quienes son amenazados, despreciados y oprimidos en sus derechos humanos.

La Iglesia no sólo quiere reafirmar el derecho a la vida, cuya violación ofende al mismo tiempo a la persona humana y a Dios Creador, fuente amorosa de toda vida, sino que quiere ponerse cada vez con mayor entrega al servicio concreto de la defensa y promoción de tal derecho.

A esto la Iglesia se siente llamada por su Señor. Ella recibe de Cristo el "Evangelio de la vida" y se siente responsable de su anuncio a toda criatura. Lo debe anunciar valientemente y sin ningún miedo —incluso con el riesgo de ir contra corriente— con las palabras y con las obras, a cada persona, a los pueblos y los Estados.

Precisamente esta fidelidad a nuestro Señor Jesucristo es la ley y la fuerza de la Iglesia, incluso en este campo. La nueva evangelización, que es una exigencia pastoral fundamental en el mundo actual, no puede prescindir del anuncio del derecho inviolable a la vida, cuyo titular es cada hombre desde su concepción hasta su término natural.

Al mismo tiempo la Iglesia, con este anuncio y con este testimonio de las obras, quiere expresar su estima y su amor al hombre. Ella se dirige al corazón de cada persona, creyente y también no creyente, porque es consciente de que el don de la vida es un bien tan fundamental que puede ser comprendido y apreciado en su significado por cualquiera, incluso a la luz de la sola razón.

En la reciente encíclica *Centesimus annus* he recordado el aprecio de la Iglesia por el sistema democrático, que permite la participación de todos los ciudadanos en la vida política, pero también he recordado que una verdadera democracia sólo puede fundamentarse sobre el reconocimiento coherente de los derechos de cada uno (cf. núms. 46-47).

Después de haber meditado y rezado ante el Señor, he decidido escribirle de manera personal, querido hermano en el episcopado, para compartir con usted la preocupación que surge de un problema tan fundamental y, sobre todo, para solicitar su ayuda y su colaboración, en el espíritu de la colegialidad episcopal, ante el grave desafío planteado por las actuales amenazas y atentados contra la vida humana.

En realidad, es una grave responsabilidad para cada uno de nosotros, pastores de la grey del Señor, promover en nuestras diócesis el respeto por la vida humana. Después de haber aprovechado todas las ocasiones para manifestar públicamente el magisterio de la Iglesia, deberemos ejercer una particular vigilancia sobre la enseñanza que se imparte al respecto en nuestros seminarios, escuelas y universidades católicas. Debemos ser pastores vigilantes, a fin de que las intervenciones en los hospitales y clínicas católicas sean conformes a su propia condición. En la medida de nuestras posibilidades deberemos apoyar también las iniciativas de ayuda concreta a las mujeres y a las familias en dificultad, así como las iniciativas de cercanía a quienes sufren y sobre todo a los moribundos, etc. Además, deberemos fomentar las reflexiones científicas, las iniciativas legislativas y políticas que van contra corriente por lo que se refiere a la "mentalidad de muerte".

Con la acción conjunta de todos los obispos y con el renovado esfuerzo pastoral sucesivo, la Iglesia desea contribuir, mediante la civilización de la verdad y del amor, a la instauración cada vez más amplia y radical de aquella "cultura de la vida" que constituye el presupuesto esencial para la humanización de nuestra sociedad.

Que el Espíritu Santo, "Señor y dador de la vida", nos colme con sus dones, y que en esta responsabilidad nuestra sintamos también muy cercana a María, la Virgen Madre que engendró al Autor de la vida.

Vaticano, 19 de mayo, solemnidad de Pentecostés, de 1991.

CARTA A LAS HIJAS DE LA CARIDAD DE SAN VICENTE DE PAUL

EN EL 400º ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE SU FUNDADORA, STA. LUISA DE MARILLAC

Con ocasión del cuarto centenario del nacimiento de santa Luisa de Marillac, fundadora de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl y patrona de todos los que se dedican a las obras sociales cristianas, Juan Pablo II envió a la hermana Juana Elizondo, superiora general de la Compañía de las Hijas de la Caridad, el siguiente mensaje:

1. El cuarto centenario del nacimiento de santa Luisa de Marillac brinda a toda la Iglesia y, en particular, a la Compañía de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, la oportunidad de recordar a esta gran figura francesa del siglo XVII, a fin de reconocer su deuda con ella y sacar de sus enseñanzas la materia para una reflexión profunda y sustancial.

En una época de discordias políticas que afectaron incluso a su vida familiar, Luisa supo salir en ayuda de los pobres más afectados por la miseria. Siguiendo el ejemplo de su director, el padre Vicente, veía en ellos a sus "maestros". Llegará incluso a dar este consejo a unas de sus hijas: "Por amor a Dios, mi querida hermana, tenga una gran dulzura hacia los pobres y hacia todo el mundo; trate de contener tanto las palabras como las acciones; esto le será fácil si conserva una gran estima hacia su prójimo: hacia los ricos, porque están por encima de usted, y hacia los pobres, porque son sus "maestros" (cf. Carta 200 bis, a sor Har-

demont). Por esta razón, mi predecesor Pablo VI la proclamó patrona de todas las personas que se dedican a las obras sociales cristianas.

En tiempos de su fundación, san Vicente de Paúl describió en estos términos a las Hijas de la Caridad: "tendrán por monasterio la casa de los pobres enfermos; por celda, un cuarto alquilado; por capilla, la parroquia; por claustro, las calles de la ciudad o una sala de hospital; por clausura, la obediencia; por rejas, el temor a Dios; y por velo, la santa modestia". La vida comunitaria que llevaban sigue siendo un modelo para las personas consagradas a Dios hoy, y todo cristiano puede apropiarse de las frases, bellas y sencillas, que escribió Luisa de Marillac a sus hermanas que estaban en misión: "Si la humildad, la sencillez y la caridad, que es el fundamento, están bien enraizadas entre vosotras, en vuestra pequeña compañía habrá tantas santas cuantas sois vosotras. Pero no es necesario esperar que comience otra persona. Seamos nosotras quienes comen-

ceemos" (Carta 505, a sor Angiboust).

2. Al entregarse a Dios definitivamente, ella se unió cada vez más estrechamente a la voluntad de su Maestro: "Es necesario que seamos para Dios, que desea que sólo queramos lo que él quiere" (Carta 441, a sor Mongert). En esta unión íntima, se unía a Cristo crucificado, a quien nunca dejó de poner ante los ojos de sus hermanas, dándoles por consigna: "El amor de Cristo crucificado nos apremia" (2 Co 5, 14). Así podía salir victoriosa de las pruebas que la vida le hacía afrontar exclamando, con una frase admirable, "sufrir y amar son una misma cosa".

En santa Luisa tenéis un modelo que habéis de seguir y proponer. Lejos de haber conocido una vida fácil, aunque su linaje la ponía al abrigo de muchas preocupaciones materiales, superó numerosas dificultades, comenzando por la prueba de la fe. Conoció la tristeza de la viudez y supo transformarla en ofrenda de su persona a Dios. En una palabra, supo pasar de la ansiedad a la santidad, supo aceptar entregar su vida a Dios y encontrar la serenidad y la paz del alma sólo en él. Esta actitud fundamental de la existencia cristiana será a la vez vuestro apoyo y el criterio de vuestra felicidad al carisma de esta santa que fundó, junto con san Vicente de Paúl, la Compañía de las Hijas de la Caridad.

3. Al poner las bases de la Compañía, santa Luisa de Marillac daba origen a una nueva forma de vida en la Iglesia, que siguen practicando aún hoy muchas sociedades de vida apostólica que despliegan su actividad en numerosos campos de la misión eclesial. Cuando se fundó vuestra Compañía, san Vicente de Paúl escribió: "Las Hijas de la Caridad no son religiosas, sino hijas que van y vienen como seglares". En su deseo ardiente

de unirse más fácilmente a los pobres y brindarles una ayuda eficaz, y queriéndose hacer toda a todos, santa Luisa se dedicó a visitar, desarrollar y aconsejar las "caridades" establecidas en toda Francia, e incluso más allá de sus fronteras, para poner por obra el poder del amor y de la misericordia. Se abrió un nuevo camino frente a un nuevo orden de cosas en la Iglesia. Centenares de instituciones dedicadas al cuidado de los enfermos o a la educación de la juventud femenina iban a adoptar un modo de vida semejante, poniéndose al servicio del prójimo en el mundo.

Este admirable desarrollo jamás habría sido posible sin el auxilio de una oración intensa. La vida espiritual de santa Luisa se caracterizaba sobre todo por su acogida constante del Espíritu Santo. Gracias a una de sus intuiciones que llevan en sí mismas el signo de su autenticidad, conjugaba la devoción al "sí" de la Anunciación con la devoción a la fiesta de Pentecostés. Como la Virgen María, llena de gracia por el poder del Espíritu (cf. Lc 1, 35) y presente en medio de los Apóstoles desde los comienzos de la Iglesia (cf. Hch 1, 14), encontró en la acción de Dios la fuente de su fuerza; sintió que la fidelidad a la Compañía tendría en el "fiat" de María su modelo y su guía. Supo hacer crecer en los demás el espíritu de oración en el que vivía siguiendo el ejemplo de María.

4. ¡Renovad hoy vuestra entrega al Señor! ¡Acoged nuevamente la gracia que hizo a su Iglesia dándole a santa Luisa! ¡Sacad de su acción y de sus escritos el alimento que necesitáis para vuestro camino! En este año en que, con la encíclica *Centesimus annus*, he lanzado un llamamiento al pueblo cristiano a fin de que preste mayor atención a la enseñanza social de la Iglesia, seguid el camino

que os trazó para dar a los pobres el amor preferencial que esperan de vosotras. El servicio a los pobres fue el eje central del pensamiento y de la acción de Luisa de Marillac. ¡Seguid prodigándoos por ellos generosamente! Lo repito, tomando sus propias palabras: "¡Seguid sirviendo, os ruego, a nuestros queridos maestros con gran dulzura, respeto y cordialidad, viendo siempre a Dios en ellos!". En la perseverancia de vuestra fundadora tenéis el mejor ejemplo; en su intercesión, el apoyo más seguro.

Con razón vuestra Compañía puede sentirse orgullosa de tener como protectora a esta santa que, en cada prueba, reconocía a un miembro dolorido de Cristo, el Hijo de Dios que nos amó y se entregó por nosotros (cf. Ga 2, 20). Así, entregándose completamente al servicio de los pobres, viviendo "el estado de caridad", no pretendía ocuparse de una forma particular de pobreza con exclusión de las otras. Por el contrario, su campo de acción permanecía totalmente abierto: esto es lo que os invita a imitar. A través de ella, el Señor llama aún hoy a muchas jóvenes a dejarlo todo para entregarse plenamente a estos "pequeños" (Mt 25, 40), que son sus hermanos. Para que su corazón y su espíritu estén abiertos a todas las angustias, la diversidad de actividades de la Compañía se ha de conservar e, incluso, desarrollar. Con los centros de atención a los hospitales, los asilos para niños o los dispensarios, las escuelas o los hogares, las casas para ancianos o los servicios de asistencia, por no citar otras muchas iniciativas que surgen en función de las formas nuevas de pobreza que conoce el mundo actual, debéis seguir siendo esas personas a través de las cuales el Señor "recobra de la miseria al pobre" (Sal 107, 41) y "con largueza da a los pobres" (Sal 112, 9).

5. Imitando el impulso de santa

Luisa alcanzaréis su *espiritualidad de la acción misionera*. En efecto, el Evangelio se difundirá en la medida en que los hombres, recuperando su dignidad, puedan reconocer en su Creador la fuente de su vida. Es necesario que se pueda oír resonar nuevamente estas palabras de Cristo: "Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen (...), se anuncia a los pobres la Buena Nueva" (Lc 7, 22). Cuando servís a los pobres "dejáis a Dios por Dios", como decía san Vicente de Paúl, y lo hacéis de múltiples maneras. Recibís y vivís las palabras de Cristo a sus Apóstoles: "Pobres siempre tendréis con vosotros" (Jn 12, 8). Recibís de Cristo a estos pobres, a quienes la vida ha herido y tenéis la misión de llevarlos hacia él. La Buena Nueva llega de manera concreta a los pobres que socorréis cuando reconocen en vuestra acción lo que Cristo haría por ellos y reciben verdaderamente la revelación de Dios, quien nos amó primero dándonos a su Hijo (cf. Jn 3, 16).

6. Esta acción evangelizadora y caritativa os sitúa en el corazón de la Iglesia, desde donde actuáis como un fuego ardiente de amor. Al emular a santa Luisa de Marillac, colaboráis estrechamente con las comunidades cristianas de los lugares donde vivís. *El sentido de la Iglesia* que ella quiso transmitir a sus hijas os ha de ayudar a cumplir vuestras tareas apostólicas con el mismo espíritu que la inspiraba a ella. De esta forma, desempeñáis vuestra función típicamente femenina en el Cuerpo místico de Cristo, en la Iglesia virgen y esposa, velando por el nacimiento, la vida y la muerte de sus miembros. El amor a los pobres os hace trabajar por el advenimiento de una sociedad más justa en todos los continentes, a fin de que se cumplan las palabras del salmista: "Los pobres

comerán y quedarán hartos; los que buscan al Señor lo alabarán" (Sal 21, 27).

7. En la alegría de este cuarto centenario, invoco al Espíritu de fuerza y santidad sobre las Hijas de la Caridad y sobre sus superiores; pido a Cristo, Médico de los cuerpos y de las almas, que venga en ayuda de los enfermos, de los afligidos, de los pobres, a los que se

CARTA AL CARD. POUPARD

En este momento en que el querido cardenal Henri de Lubac termina su carrera y entra en la paz del Señor, quiero asociarme a sus funerales, que se celebran en París, pidiéndole a usted que me represente personalmente, en nombre de la amistad profunda que me unía a él desde hacía muchos años.

Quienes conocieron a Henri de Lubac ya ponderan el lugar tan importante que ha ocupado, con modestia, silenciosamente, incluso en la oscuridad de sus últimos años, su amigo y, sobre todo, pensador. Con su atención siempre vigilante, recorrió los senderos de la enseñanza de los Padres y de los autores medievales; supo apoyarse en un conocimiento profundo de los grandes autores modernos para cultivar una reflexión personal que se ha inscrito de manera luminosa en la Tradición viviente. Todo esto le permitió dar una colaboración apreciable y fructífera al Concilio Vaticano II. Al nom-

suele olvidar. Tal como hizo su fundadora, encomiendo la Compañía a la intercesión de la Virgen María y otorgo mi bendición apostólica a sus miembros y a todas las personas que en el mundo siguen las enseñanzas de santa Luisa de Marillac.

Vaticano, 3 de julio de 1991.

JOANNES PAULUS PP. II

CON OCASION DEL FUNERAL DEL CARD. HENRI DE LUBAC

barlo cardenal, quise reconocer los méritos espirituales del investigador infatigable, del maestro espiritual y del jesuita fiel en medio de las diversas dificultades de su vida.

Al traer a la memoria su amor a Dios, a la Iglesia y a la Sede de Pedro, deseo manifestar la alta estima de la Santa Sede hacia la persona de este religioso y hacia la obra de este teólogo eminente. Junto a todos los que lo recuerdan con esperanza y gratitud, lo encomiendo a la misericordia infinita de Dios. ¡Que después de haber contemplado la "palabra de los profetas" como "una lámpara que luce en lugar oscuro", vea levantarse el lucero de la mañana (cf. 2 P 1, 20)!

Unido a vosotros en la oración, de todo corazón imparto mi bendición apostólica a cuantos participan en esa misa de funeral o se unen a ella en su intención.

Vaticano, 5 de septiembre de 1991.

JOANNES PAULUS PP. II

CARTA A LAS CARMELITAS DESCALZAS CON MOTIVO DE LA APROBACION DE SUS CODIGOS FUNDAMENTALES

Con fecha 17 de septiembre de 1991, fiesta de san Alberto de Jerusalén, autor de la Regla primitiva del Carmelo, fue aprobado un nuevo texto de constituciones para las Monjas Descalzas de la Orden de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo.

El Santo Padre ahora ha dirigido a todas las religiosas de la misma Orden la siguiente carta:

Queridísimas hijas de santa Teresa de Jesús:

1. Me es grato dirigirme a todas vosotras durante este año en el que la Iglesia celebra el IV Centenario de la muerte de san Juan de la Cruz. Es un tiempo de gracias especiales para toda la familia del Carmelo, porque le permite renovar el contacto vivo con la persona y los escritos del doctor místico, herencia y programa de vida espiritual para todos aquellos que lo veneran como padre y maestro de la Reforma teresiana.

A lo largo de mi pontificado ya he tenido ocasión de manifestar mi afecto por todas las Carmelitas Descalzas y poner de relieve la importancia de vuestro carisma, tanto en las visitas hechas a algunos monasterios, como en la beatificación de insignes hermanas vuestras que el Señor me ha concedido elevar al honor de los altares. Entre ellas quiero recordar a las beatas: María de Jesús Crucificado, Isabel de la Trinidad, las carmelitas mártires de Guadalajara —María Pilar, Teresa, María Angeles—, Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) y Teresa de Jesús (de los Andes). Con estas beatificaciones he querido presentar a toda la Iglesia el testimonio de la vida contemplativa y poner ante vuestros ojos unos ejemplos de santidad que puedan guiar vuestros pasos en esta hora de la historia.

Además, en varias circunstancias, sobre todo con ocasión de las celebraciones del IV Centenario del piadoso tránsito de vuestra fundadora santa Teresa de Jesús, he tenido la oportunidad de reafirmar mi pensamiento acerca de vuestra vida contemplativa, de modo especial con la Carta del 31 de mayo de 1982. En ella reiteraba mi agradecimiento por todo lo que hacéis de manera silenciosa en favor de la Iglesia, de "sus obispos, sacerdotes y misioneros, de quienes sois auxiliares escondidas, silenciosas pero necesarias". Al mismo tiempo, os dirigía una apremiante exhortación a vivir cada vez con mayor generosidad vuestra vocación, en la oración y la penitencia, desde la soledad de la clausura, bajo la protección maternal y el ejemplo de la Virgen María, Madre y Patrona del Carmelo (cf. AAS 74 [1982] págs. 836-841).

Recientemente, en mi carta apostólica *Maestro en la fe* (14 de diciembre de 1990), con motivo de la celebración del IV Centenario de la muerte de san Juan de la Cruz, os exhortaba a orientar vuestra vida hacia la adquisición del "puro amor" de la intimidad con Dios que, según el doctor místico, es ese bien precioso

que fecunda desde la soledad contemplativa la misión de la Iglesia (cf. n. 20 y *Cántico espiritual*, estrofa 29, nn. 2-3).

2. En esta circunstancia me dirijo con afecto a todas las Carmelitas Descalzas, con motivo de la aprobación de un nuevo texto de las constituciones. Termina así un largo proceso en el que la Santa Sede, consciente de la gran importancia de vuestra vocación específica, tanto para la familia del Carmelo como para toda la Iglesia, ha sometido a un particular discernimiento vuestra legislación, para salvaguardar la herencia espiritual de santa Teresa.

Como es sabido, la Santa Sede, respondiendo a la petición de un grupo de monasterios, aprobó el 8 de diciembre de 1990 un texto de constituciones para las Carmelitas Descalzas, preparado según las indicaciones de la carta que en mi nombre escribió el señor cardenal secretario de Estado Agostino Casaroli, el 15 de octubre de 1984, y dejó libertad para que otros monasterios de la Orden pudieran adoptarlo como norma de vida.

Ahora, acogiendo los deseos de los demás monasterios, la misma Santa Sede ha aprobado también otro texto de constituciones para las Carmelitas Descalzas.

La elaboración de este texto, por parte de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, ha sido realizada teniendo también en cuenta los pareceres de los monasterios, recogidos por el preposito general de la Orden.

Ambos textos, aprobados igualmente por la Iglesia, quieren ser una fiel interpretación del carisma teresiano. Este permanece inalterado, así como el estilo de vida propuesto por la santa madre en sus constituciones y otros escritos suyos. Sus diferencias no se refieren, por tanto, ni a la substancia del carisma contemplativo carmelitano-teresiano ni al necesario y constante retorno a su primigenia inspiración; corresponden más bien a diversas modalidades de interpretar la adaptación a las cambiadas condiciones de los tiempos (cf. *Perfectae caritatis* 2), y de formular la legislación de los institutos religiosos, cuya aprobación es competencia exclusiva de la Santa Sede (c. 578 y 587). Se trata, por tanto, de apreciaciones diferentes que nacen de una misma voluntad de fidelidad al Señor, y que la Santa Sede ha querido respetar, así como respeta la libertad que cada monasterio tiene de optar por uno u otro de los textos constitucionales aprobados.

3. En este momento particular de vuestra historia y legislación, permitidme que os manifieste un deseo de mi corazón de Padre y Pastor de la Iglesia universal. Quiero que la aprobación de los dos textos de las constituciones, con la que he tratado de responder a los anhelos expresados por los diversos monasterios, mantenga viva la unidad espiritual de todo el Carmelo teresiano, dentro de sus legítimas tradiciones históricas y de las nuevas circunstancias, lugares y culturas en que se encarna su carisma.

Todas las Carmelitas Descalzas, junto con los Carmelitas Descalzos, formáis en la Iglesia la misma y única Orden de los Hermanos y Hermanas Descalzos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo. Todos tenéis en común la misma Regla, el mismo carisma carmelitano-teresiano y el mismo patrimonio espiritual, transmitido por los santos padres Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Todos invocáis como Madre común a la Virgen María que, como bien lo expresa la iconografía de la Orden, cobija bajo su manto, a uno y otro lado, a los hijos e hijas del Carmelo.

Además, todos participáis, cada uno según las propias y legítimas formas de vi-

da aprobadas por la Iglesia, de la misma espiritualidad y misión del Carmelo teresiano, que goza hoy de tanto aprecio en la Iglesia, y cuyo carisma se irradia en otras formas de vida consagrada y en grupos de laicos cristianos que viven en el mundo este carisma. Tenéis ante vosotros y vosotras esa luminosa estela de santos que honra a la gran familia carmelitana y os estimula en la ascensión hasta la cima de la montaña santa del Carmelo. Por eso, un intenso amor fraterno os tiene que unir en vuestra vocación. A todos los miembros de la Orden se pueden aplicar las palabras de santa Teresa a las Carmelitas Descalzas de Sevilla: "*Así que, mis hijas, todas lo son de la Virgen y hermanas, procuren amarse mucho unas a otras...*" (Carta, 13 de enero de 1580, n. 5).

Dentro del mismo espíritu de unidad y de comunión, exhorto a los Carmelitas Descalzos a aspirar con toda su mente, fuerzas y corazón a esta plenitud de vida espiritual que brilla en los santos de la Orden y que ellos imploran desde el cielo para todos vosotros, a partir del esfuerzo que todo el Carmelo teresiano ha hecho en los últimos decenios por conocer, profundizar y transmitir su propia espiritualidad en la Iglesia.

Además, no puedo dejar de aludir al servicio que el preposición general debe ofrecer a todos los monasterios de la Orden, ya sea directamente o a través de sus colaboradores. Se trata de un servicio generoso y desinteresado, inspirado en la comunión en el mismo carisma, que los superiores deben promover, para ayudar a las Carmelitas Descalzas en el cumplimiento de su vocación, según los deseos de la santa madre Teresa de Jesús, respetando siempre la autonomía de los monasterios que la propia legislación les concede.

4. Queridas hijas de santa Teresa, os exhorto a todas a perseverar con "una muy grande y determinada determinación" (cf. *Camino de perfección*, 21, 2) en el fiel cumplimiento de vuestras leyes que la Iglesia os ofrece como norma de vida evangélica y camino de santidad mediante la entrega total a Cristo, el Esposo crucificado y resucitado, en quien debéis tener siempre fijos los ojos, según la constante exhortación de vuestra Madre fundadora (cf. *Camino de perfección* 2, 1, 26, 4-6; *Castillo interior* VII, 4, 8).

Vuestros monasterios están extendidos en todo el mundo como oasis de oración y de especial consagración a Dios en el silencio del claustro. Hay nuevas naciones que esperan la presencia de la vida contemplativa, como he recordado en la encíclica *Redemptoris missio* (n. 69, a). Dad testimonio de la belleza y fecundidad misionera de vuestra vida escondida con Cristo en Dios (cf. *Col* 3, 3), del valor de la oración de intercesión y de la inmolación silenciosa en torno a la Eucaristía, centro de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares, para ser, como anhelaba Teresa de Lisieux, el amor en el corazón del Cuerpo místico. Seguid ofreciendo a las comunidades cristianas ese ejemplo de vida fraterna, sencilla y gozosa, que es proverbial entre las hijas de santa Teresa.

En la tarea de la nueva evangelización, y ante las inmensas necesidades espirituales y materiales de la humanidad, la Iglesia tiene necesidad de vuestro carisma contemplativo. En esta hora magnífica y crucial de la historia resuenan actuales y apremiantes los deseos de Teresa de Jesús al emprender su Reforma, con su exhortación a vivir la contemplación al servicio del reino de Cristo: "para eso os juntó aquí el Señor; éste es vuestro llamamiento; estos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones..." (*Camino de perfección*, 1, 5 y 3, 5. 10). Vosotras que sois "la avanzadilla de la Iglesia hacia el reino" (*Alocución a las monjas de clausura en Ávila*, 1 de noviembre de 1982,

5), sed testigos del Dios vivo para el mundo de hoy.

Mientras encomiendo a la Virgen María, Madre del Carmelo, —así como a la intercesión de santa Teresa del Niño Jesús, cuya fiesta celebra la Iglesia en este día— la unidad espiritual de la Orden y la fidelidad a vuestra vocación, os imparto de corazón a todas las Carmelitas Descalzas una especial bendición apostólica.

Vaticano, 1 de octubre, fiesta de santa Teresa del Niño Jesús, del año 1991, décimo tercero de mi pontificado.

Mensajes

AL IV CONGRESO
MISIONERO LATINOAMERICANO

ANUNCIAD EL EVANGELIO A TODOS LOS PUEBLOS

Amados hermanos en el episcopado y queridos congresistas:

1. El IV Congreso Misionero Latinoamericano que se celebra en Lima me ofrece la oportunidad de saludaros y de hacerme presente espiritualmente entre vosotros. Mi pensamiento se dirige, de modo especial, a todas y a cada una de las Iglesias particulares del continente, con sus obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos. Dirijo un saludo de viva gratitud a cuantos han colaborado en la preparación de este congreso: a mons. Augusto Vargas Alzamora, arzobispo de Lima, al señor cardenal Juan Landázuri Ricketts, a las comisiones episcopales de misiones, a las direcciones nacionales de las Obras Misionales Pontificias y al departamento de misiones del CELAM. La presencia de mi enviado especial, el señor cardenal Jozef Tomko, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos, quiere ser también testimonio de la atención prioritaria que la Sede Apostólica presta a la actividad misional.

En repetidas ocasiones me he encontrado en medio de vosotros, en esas tierras benditas, precisamente para cumplir el mandato misionero del Señor. Como bien sabéis, éste ha sido siempre el objetivo principal de mis viajes pastorales. Ahora os hago llegar mi mensaje para recordaros, una vez más, vuestra responsabilidad y para pedir vuestra colaboración generosa en el permanente mandato de Cristo de anunciar el Evangelio a todos los pueblos. Por esto hago mío también el lema del congreso: "¡América Latina, desde tu fe envía misioneros!".

Sé que habéis preparado este encuentro con especial interés, en continuidad con los anteriores congresos celebrados en México y Colombia. ¿Cómo no recordar respetablemente el celebrado en Bogotá, que tuvo como lema: "América, llegó tu hora de ser evangelizadora"? Hoy son numerosos los misioneros latinoamericana-

nos que están evangelizando en los cinco continentes y a ello han contribuido ciertamente esos congresos, así como la oración, sacrificios y entrega desinteresada de tantas personas. Pero este número, lo sabéis bien, no es suficiente. Por eso os exhorto a dar todavía más, aunque sea "de vuestra pobreza", pues América Latina debe "proyectarse más allá de sus propias fronteras" (Puebla, 368).

2. Como señalo en la reciente encíclica *Redemptoris missio*, siento que "ha llegado el momento de dedicar todas las fuerzas eclesiales a la nueva evangelización y a la misión *ad gentes*. Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos" (n. 3). Cumplir este deber misionero no debe significar un menoscabo de vuestra labor evangelizadora en el propio continente. Quien comparta la misma solicitud del Buen Pastor, no puede dejar de pensar con preocupación en las multitudes enormes de las grandes ciudades que, tantas veces, se encuentran "como ovejas sin pastor" (cf. Mt 9, 36); piensa también en los numerosos pueblos indígenas, con sus propias raíces culturales, dispuestos a abrirse cada vez más al evangelio; en los sectores afroamericanos y de migraciones recientes; en el mundo del trabajo y de la cultura; en la juventud y la familia, así como en tantos otros campos de apostolado. Por ello os invito a cumplir este deber misionero universal para poder afrontar más evangélicamente vuestra realidad, pues sólo las personas y comunidades que se abren a la misión universal serán capaces de descubrir a Cristo en el rostro de cada hermano necesitado que vive en nuestro propio ambiente.

"La urgencia de la actividad misionera brota de la radical novedad de vida, traída por Cristo y vivida por sus discípulos" (*Redemptoris missio*, 7). Son miles de millones los seres humanos que todavía no han encontrado a Cristo por medio de la fe y del bautismo. Vosotros, los cristianos de Latinoamérica, sois aproximadamente la mitad del catolicismo mundial. En vuestras mismas tierras se puede constatar un trasiego de pueblos y culturas que se desplazan por razones de trabajo, comercio, turismo. No pocos de vuestros fieles se encuentran en otros continentes por las mismas razones sociológicas. Es pues de desear que muchos cristianos y cristianas, movidos por un auténtico espíritu misionero, con su presencia y su acción apostólica, hagan llegar el evangelio "hasta los confines de la tierra" (Hch 1, 8).

3. Con ello no predico una utopía, sino que me hago portavoz del mismo Cristo, "pan vivo... por la vida del mundo" (Jn 6, 51), que sigue invitando a la misión universal. Estáis llamados a agradecer la fe recibida hace ahora quinientos años contribuyendo a que otros sean partícipes del mismo don salvífico. "Cristo murió por todos" (2 Co 5, 14), nos dice san Pablo; y el Buen Pastor nos sugiere sus mismos anhelos misioneros: "Tengo otras ovejas" (Jn 10, 16), "venid a mí todos" (Mt 11, 28), "tengo sed" (Jn 19, 28); "id por todo el mundo" (Mc 16, 15).

¿Qué mejor modo de conservar la herencia cristiana recibida de vuestros santos, que comprometerse a compartir estos dones de Dios con otros pueblos? Así lo han hecho vuestros santos y beatos cuyo ejemplo os invito a seguir: Toribio de Mogro-vejo, Rosa de Lima, Martín de Porres, Francisco Solano, Pedro Claver, Luis Beltrán, Roque González, Felipe de Jesús, Mariana de Jesús, José Anchieta, Pedro de Betancur, Ignacio de Azevedo, Ezequiel Moreno, Junípero Serra, Miguel Agustín Pro y tantos santos y santas, gloria de vuestra fecunda historia cristiana. Su testimonio de vida debe ser constante estímulo para que en toda la Iglesia latinoamericana florezcan nuevos misioneros y misioneras que, con la actitud del profeta "Heme aquí, Señor, estoy dispuesto, envíame" (cf. Is 6, 8), se entreguen abnega-

damente a la misión sin fronteras (cf. *Redemptoris missio*, 79).

4. "Hoy la Iglesia debe afrontar otros desafíos proyectándose hacia nuevas fronteras, tanto en la primera misión *ad gentes*, como en la nueva evangelización de pueblos que han recibido ya el anuncio de Cristo" (*Redemptoris missio*, 30). Para ello el Señor os ha bendecido con abundantes vocaciones en estos últimos años aunque resulten todavía insuficientes ante los vastos campos de apostolado que os han sido confiados. La vocación es un don de Dios, que requiere una respuesta creativa por parte de la persona llamada y el impulso de la comunidad. Las vocaciones nacen y perseveran en comunidades donde existe un ambiente de generosidad y entrega, de seguimiento evangélico y de disponibilidad misionera. Cuando existe una "profunda renovación interior" se hace más viva la conciencia de "la propia responsabilidad en la difusión del Evangelio" a todos los pueblos (cf. *Ad gentes*, 35).

Vienen a mi mente las entrañables celebraciones marianas que, durante mis visitas pastorales a América Latina, he tenido el gozo de presidir en los santuarios que la fe de esos amados pueblos ha levantado en honor de Nuestra Señora. Postrado espiritualmente ante las veneradas imágenes de María, quiero ahora hacer a todos una invitación: ¡Abrid vuestros corazones al llamado misionero de Cristo, para que el mundo entero acoja la fe cristiana y la viva con autenticidad y generosidad!

Construir la "civilización del amor" y afrontar el desafío de una "nueva evangelización", presupone una respuesta incondicional a este llamado: "id por todo el mundo" . . . "¡América Latina, desde tu fe envía misioneros!". Sólo a partir de una respuesta decidida América Latina será verdaderamente el continente de la esperanza misionera para toda la Iglesia.

Con estos deseos y mientras elevo mi ferviente plegaria para que Dios, rico en misericordia, conceda abundantes frutos eclesiales al IV Congreso Misionero Latinoamericano, os imparto con afecto a todos mi bendición apostólica.

Vaticano, 2 de febrero de 1991. Fiesta de la Presentación del Señor.

JOANNES PAULUS PP. II

MENSAJE PASCUAL
"URBI ET ORBI"

**CRISTO RESUCITADO
 ES LA PAZ DEL MUNDO**

1. *"Este es el día que el Señor ha hecho"* (Sal 118, 24).

Como peregrinos, caminamos hacia este día a lo largo de toda la historia, desde el inicio de la creación: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas" (Gn 1, 1-2). *Somos peregrinos hacia este día a través de toda la creación visible: a través del cosmos, a través de las galaxias, a través de nuestro sistema solar, a través de la tierra. Somos peregrinos a través de la historia del hombre, en la que actúa el Espíritu invisible: el Espíritu de Dios, "el viento que sopla donde quiere"* (cf. Jn 3, 8). El día "que el Señor ha hecho" es el día de la manifestación de su poder.

2. *Hacia este día, nosotros, la Iglesia —pueblo de Dios diseminado por la tierra— caminamos junto a Cristo siguiendo la vía de su Evangelio, siguiendo todo lo que él "hizo y enseñó"* (cf. Hch 1, 1) hasta esta cumbre de la Pascua, cuando asumió totalmente sobre sí mismo nuestra humanidad junto con el pecado. El, que no ha conocido pecado, *asumió sobre sí mismo el pecado*, haciéndose pecado por nosotros, él, sin pecado (cf. 2 Co 5, 21). *Asimismo, habiendo aceptado la muerte*, bajó a la tumba a los pies del Gólgota: "por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios" (Hb 9, 14). El Espíritu, que des-

de el principio aleteaba sobre las aguas, *se hizo fuego en el Gólgota para quemar el Sacrificio, y el fuego significa Amor.*

3. Hemos seguido las huellas de Cristo, hemos recorrido las enseñanzas de sus palabras y de los signos realizados por él. En el Gólgota nos hemos quedado atónitos, y cuando ha llegado la última noche, hemos velado junto al sepulcro. Ha velado la Iglesia esparcida por toda la tierra. Y he aquí, se ha abierto ante nosotros el Día. "El día que el Señor ha hecho" en la historia del universo y en la historia del hombre.

Este día amanece tras la noche de vela. *Es el día en el que Dios ha revelado ser el Dios de los vivos y no de los muertos* (cf. Mc 12, 27). Y lo ha revelado precisamente allí donde la muerte del Hombre había sido sellada como un hecho definitivo e irreversible. "Oh muerte, yo seré tu muerte": son las palabras que la liturgia pone en labios de Cristo (cf. Antífona de las Vísperas del Sábado Santo; Os 13, 14; 1 Co 15, 55). Verdaderamente, este es "el día que el Señor ha hecho". Hecho precisamente por él, *el hombre no habría sido capaz de hacerlo*. Quizás trata de olvidarlo también por esto, quizás lo evita también por esto, quizás es por esto por lo que duda...

4. Pero, *este día permanece, permanece de modo más irreversible que toda muerte humana. Permanece como la*

Promesa y como el Nuevo Principio. Permanece en el poder del Espíritu que, en el principio, aleteaba sobre las aguas del cosmos naciente, transformada, hoy, en el Agua que brota del costado traspasado de Cristo, y se derrama en el corazón de los hombres sedientos como Amor que no muere ni pasa, que tiene su eternidad en él: él: —el amor— llegará a ser también la medida definitiva del "día que el Señor ha hecho". Exultemos y gozemos en él" (Sal 118, 24).

5. Sí, éste es un día de Luz, de Fuerza y de Sabiduría, que hace retroceder las tinieblas que amenazan a la tierra. Tinieblas que han oscurecido también recientemente la comunidad de los hombres: así, cuando se ha elegido la agresión y la violación del derecho internacional; cuando se ha pretendido resolver las tensiones entre los pueblos con la guerra, sembradora de muerte; cuando desde el Báltico hasta el Mediterráneo, y en otras áreas del mundo, se ha levantado en vano la voz de los pueblos, que anhelan el respeto a la propia identidad y a la propia historia; cuando no se ha hecho todo para enfrentarse a la implacable amenaza de la escasez, que ha golpeado a poblaciones africanas enteras, como, por ejemplo, en el Sudán y en Etiopía, o, por detenernos en aquel mismo continente, en particular en Angola, Mozambique, Liberia y Somalia, guerras y guerrillas que estremecen a pueblos que ya están en condiciones precarias.

6. Pero Cristo vence las tinieblas y revela al hombre la plena dignidad de su vocación. ¡Humanidad de nuestro tiempo, resucita, pues, con él! Entonces, podrás acoger la vida con amor, desde su nacimiento hasta su ocaso natural. Impedirás con vigor la explotación del pobre. Dirás no al opulento comercio de las armas, al

que sustituirás con proyectos de solidaridad auténtica, al servicio integral del hombre. Presta oído, humanidad de nuestro tiempo, a las aspiraciones, tan descuidadas, de pueblos oprimidos, como el palestino, el libanés, el kurdo, que reclaman el derecho de existir con dignidad, justicia y libertad, peticiones legítimas hechas y reiteradas en vano durante años. No temas el consentir a toda persona la libre profesión de su fe religiosa. Pienso también en ti, amada comunidad católica de Albania, que has permanecido fiel al Evangelio de Cristo; recobra ánimo, camina hacia momentos de copiosos frutos.

7. Desde este lugar, corazón de la Iglesia, donde llegan gritos de dolor y suplicantes llamados de socorro, me dirijo a vosotros, responsables de las naciones, en esta hora difícil de la historia: *¡escuchad la voz de los pobres!* Solamente sobre un orden internacional en el que el derecho y la libertad sean indivisibles para todos, se puede fundamentar la sociedad por todos deseada. ¡Ayudad a los pueblos que en África, en Asia, en América Latina aspiran a sociedades más libres y democráticas! *¡Que sea total el respeto hacia el hombre, en el que brilla la imagen de Dios!* Toda ofensa a la persona es ofensa a Dios, que ha establecido con el ser humano una sólida y fiel alianza.

8. Este es el "Día que el Señor ha hecho". ¡Aleluya! Recobrad vuestra esperanza, hermanos y hermanas del mundo entero. ¡Con Cristo, nuestra Pascua, todo es posible! ¡Cristo avanza en nuestro futuro! ¡En su nombre os saludo, y con él os bendigo a todos!

MENSAJE:

JORNADA MUNDIAL DE LAS
MISIONES 1991"REDEMPTORIS MISSIO".
NUEVO LLAMAMIENTO A UNA RENOVADA MISION

Queridísimos hermanos y hermanas:

"Dios es amor", nos dice el apóstol Juan (1 Jn 4, 8): amor que llama y amor que envía. Sabemos, en efecto, que de la "fuente de amor", que es Dios Padre, brotaron la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo. Y éste, precisamente el día de Pentecostés —en cuya solemnidad os dirijo este Mensaje para la Jornada mundial de las misiones—, fue donado a los Apóstoles: gracias a la efusión del Espíritu de amor, la Iglesia se presentó oficialmente al mundo y comenzó la misión de anunciar y comunicar a los hombres la salvación, que Dios les ofrece en su Hijo, llamándolos a participar en su vida y a amarse unos a otros.

La misión de evangelizar el amor de Dios a los hombres —a todos y cada uno de los hombres y las mujeres— y el amor de los hombres a Dios y entre sí, encomendada por Cristo a su Iglesia, está tan lejos de completarse que se puede considerar más bien apenas iniciada. Esta constatación me ha movido a hacer una llamada especial a todos los miembros de la Iglesia con la encíclica *Redemptoris missio*; y ahora les pido asimismo que consideren este grito como una nueva llamada a una renovada misión que les impulse a un mayor esfuerzo pastoral y a una catequesis más adecuada.

CONSAGRADOS Y ENVIADOS PARA LA MISION

1. Todos nosotros, miembros de la Iglesia e impulsados por el mismo Espíritu, somos consagrados, aunque de diverso modo, para ser enviados: por el bautismo se nos confía la misma misión de la Iglesia. A todos se nos llama y todos estamos obligados a evangelizar, y esta misión fontal, común a todos los cristianos, ha de constituir un verdadero "acicate" cotidiano y una solicitud constante de nuestra vida.

Es muy bello y estimulante recordar la vida de las comunidades de los primeros cristianos, cuando éstos se abrían al mundo, al que por vez primera miraban con ojos nuevos: era la mirada de quien ha comprendido que el amor de Dios se debe traducir en servicio por el bien de los hermanos. El recuerdo de su experiencia de vida me induce a reafirmar la idea central de la reciente encíclica: "La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola!" (n. 2). Sí, la misión nos ofrece la extraordinaria oportunidad de rejuvenecer y embellecer a la Esposa de Cristo y, al mismo tiempo, nos hace experimentar una fe que renueva y fortalece la vida cristiana, precisamente porque se dona.

Pero la fe que renueva la vida y la misión que fortalece la fe no pueden ser tesoros escondidos o experiencias exclusivas de cristianos aislados. Nada está tan lejos de la misión como un cristiano encerrado en sí mismo: si su fe es sólida, está destinada a crecer y debe abrirse a la misión.

El primer ámbito de desarrollo del binomio *fe-misión* es la *comunidad familiar*. En una época en la que parece que todo concurre a disgregar esta célula primaria de la sociedad, es necesario esforzarse para que sea, o vuelva a ser, la primera comunidad de fe, no sólo en el sentido de la adquisición, sino también del crecimiento, de la donación y, por tanto, de la misión. Es hora de que los padres de familia y los cónyuges asuman como deber esencial de su estado y vocación evangelizar a sus hijos y evangelizarse recíprocamente, de modo que todos los miembros de la familia y en toda circunstancia —especialmente en las pruebas del sufrimiento, la enfermedad y la vejez— puedan realmente recibir la Buena Nueva. Se trata de una forma insustituible de educación a la misión y de preparación natural de las posibles vocaciones misioneras, que casi siempre encuentran su cuna en la familia.

Otro ámbito, asimismo importante, es la *comunidad parroquial*, o la *comunidad eclesial de base*, la cual, mediante el servicio de sus pastores y animadores, debe ofrecer a los fieles el alimento de la fe e ir en busca de los alejados y extraños, realizando así la misión. Ninguna comunidad cristiana es fiel a su cometido si no es misionera: o es *comunidad misionera* o no es ni siquiera *comunidad cristiana*, pues se trata de dos dimensiones de la misma realidad, tal como es definida por el bautismo y los otros sacramentos. Además, este empeño misionero de cada comunidad reviste la máxima urgencia hoy cuando la misión, entendida incluso en el sentido específico de primer anuncio del Evangelio a los no-cristianos, está llamando a las puertas de las comunidades cristianas de antigua evangelización y se presenta cada vez más como "misión entre nosotros".

Motivo de esperanza, para responder a las nuevas exigencias de la misión actual, son asimismo los *Movimientos y grupos eclesiales*, que el Señor suscita en la Iglesia para que su servicio misionero sea más generoso, oportuno y eficaz.

COMO COOPERAR EN LA ACTIVIDAD MISIONERA
DE LA IGLESIA

2. Si todos los miembros de la Iglesia son consagrados para la misión, todos son corresponsables de llevar a Cristo al mundo con la propia aportación personal. La participación en este derecho-deber se llama "cooperación misionera" y se enraiza necesariamente en la santidad de vida: sólo insertados en Cristo, como los sarmientos en la vid (cf. Jn 15, 5), daremos mucho fruto. El cristiano que vive su fe y observa el mandamiento del amor dilata los horizontes de su actuación hasta abarcar a todos los hombres mediante la *cooperación espiritual*, hecha oración, sacrificio y testimonio, que permitió proclamar co-patrona de las misiones a santa Teresa del Niño Jesús, aunque nunca fue enviada a la misión.

La *oración* debe acompañar el camino y la obra de los misioneros para que la gracia divina haga fecundo el anuncio de la Palabra. El *sacrificio*, aceptado con fe y sufrido con Cristo, tiene valor salvífico. Si el sacrificio de los misioneros debe ser compartido y sostenido por el de los fieles, entonces todo el que sufre en el espíritu y en el cuerpo puede llegar a ser misionero, si ofrece con Jesús al Padre los propios sufrimientos. El *testimonio de vida cristiana* es una predicación silenciosa, pero eficaz, de la palabra de Dios. Los hombres de hoy, aparentemente indiferentes a la búsqueda del Absoluto, experimentan en realidad su necesidad y se sienten atraídos e impresionados por los santos que lo revelan con su vida.

La cooperación espiritual en la obra misionera debe tender sobre todo a *promover las vocaciones misioneras*. Por eso, invito una vez más a los jóvenes y a las jóvenes de nuestro tiempo a decir "sí", si el Señor les llama a seguirlo con la vo-

cación misionera. No hay opción más radical y valiente que ésta: dejan todo para dedicarse a la salvación de los hermanos que no han recibido el don inestimable de la fe en Cristo.

La *Jornada mundial de las misiones* une a todos los hijos de la Iglesia, no sólo en la oración, sino también en el esfuerzo de solidaridad, compartiendo la ayuda y bienes materiales para la misión *ad gentes*. Tal esfuerzo responde al estado de necesidad que sufren tantas personas y poblaciones de la tierra. Se trata de hermanos y hermanas que, necesitados de todo, viven principalmente en los países identificados con el Sur del mundo y que coinciden con los territorios de misión. Los pastores y los misioneros necesitan, pues, medios ingentes, no sólo para la obra de la evangelización —que es, ciertamente, primaria y onerosa—, sino también para salir al paso de las múltiples necesidades materiales y morales mediante las obras de promoción humana que acompañan siempre a toda misión.

Ojalá que la celebración de la Jornada mundial de las misiones sea un estímulo providencial para poner en marcha las estructuras de caridad y para que cada uno de los cristianos y sus comunidades den testimonio efectivo de la caridad. Se trata de "una cita importante en la vida de la Iglesia, porque enseña cómo se ha de dar: en la celebración eucarística, esto es, como ofrenda a Dios y para todas las misiones del mundo" (*Redemptoris missio*, 81).

LA ANIMACION DE LAS OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

3. En la obra de animación y cooperación misionera, que atañe a todos los hijos de la Iglesia, deseo reafirmar el cometido peculiar y la responsabilidad específica que incumben a las Obras Misionales Pontificias, como lo hice destacar ya en la citada encíclica (cf. n. 84).

Las cuatro Obras —Propagación de la fe, San Pedro Apóstol, Infancia Misionera y Unión Misional— tienen como objetivo común promover el espíritu misionero en el pueblo de Dios. Son la expresión de la universalidad en las Iglesias locales.

Deseo recordar especialmente la Unión Misional, que celebra su 75.º aniversario de fundación. Tiene el mérito de realizar un esfuerzo continuo de sensibilización entre los sacerdotes, religiosos, religiosas y animadores de las comunidades cristianas, para que el ideal misionero se traduzca en formas adecuadas de pastoral y de catequesis misionera.

Las Obras Misionales deben ser las primeras en llevar a la práctica cuanto afirmé en la encíclica: "Las Iglesias locales, por consiguiente, han de incluir la animación misionera como elemento primordial de su pastoral ordinaria en las parroquias, asociaciones y grupos, especialmente los juveniles" (n. 83). Las Obras Misionales han de ser protagonistas de este importante mandato en la animación, formación misionera y organización de la caridad para la ayuda a las misiones.

Pero, una vez recordada la función de estas Obras y el empeño permanente en favor de la misión, no puedo terminar esta exhortación sin hacer llegar expresamente a los misioneros y misioneras —sacerdotes, religiosos y laicos esparcidos por el mundo— una expresión de afectuoso agradecimiento y estímulo, para que perseveren con confianza en su actividad evangelizadora, aun cuando llevarla a cabo pueda costar y cueste los mayores sacrificios, incluso el de la vida.

Queridísimos misioneros y misioneras: mi pensamiento y afecto os acompañan siempre, junto con la gratitud de toda la Iglesia. Sois la esperanza viva de la Iglesia, como testigos y artífices de su misión universal en el acto mismo que se realiza,

y también el signo creíble y visible del amor de Dios, que a todos nos ha llamado, consagrado y enviado, pero que a vosotros os ha dado un mandato especial: el don singular de la vocación *ad gentes*. Vosotros lleváis a Cristo al mundo; y, en su nombre, como Vicario suyo, os bendigo y os llevo en el corazón. Con vosotros, bendigo a todos aquellos que con amor y generosidad participan en vuestro apostolado de evangelización y de promoción integral del hombre.

Misioneros, que María, Reina de los Apóstoles, guíe y acompañe vuestros pasos y los de todos aquellos que, de cualquier forma, cooperan en la misión universal de la Iglesia.

Vaticano, 19 de mayo —solemnidad de Pentecostés— del año 1991, decimotercero de mi pontificado.

PARA LA VII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

"ID POR TODO EL MUNDO Y PROCLAMAD EL EVANGELIO"

"Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio" (Mc 16, 15).

Muy queridos jóvenes:

1. El Señor ha bendecido de modo realmente extraordinario la VI Jornada mundial de la juventud, celebrada el pasado mes de agosto junto al santuario de Jasna Góra, en Częstochowa. Al anunciaros el tema de la próxima Jornada, pienso de nuevo en aquellos momentos maravillosos y doy gracias a la Providencia por los frutos espirituales que aquel encuentro ha traído, no sólo a la Iglesia, sino a toda la humanidad.

¿Cómo quisiera que el soplo del Espíritu Santo, que recibimos en Częstochowa, se difundiese por todas partes! En aquellos días inolvidables el santuario mariano se convirtió en el cenáculo de un nuevo Pentecostés, con las puertas abiertas hacia el tercer

milenio. Una vez más, el mundo pudo ver a la Iglesia, joven y misionera, llena de gozo y de esperanza.

Sentí una gran felicidad al ver a tantos jóvenes que, viniendo del Este y del Oeste, del Norte y del Sur, por primera vez se encontraron, unidos por el Espíritu Santo en el vínculo de la oración. Vivimos un acontecimiento histórico, un acontecimiento que, por su gran alcance salvífico, abrió una nueva etapa en el camino de evangelización, del que los jóvenes son protagonistas.

Y ya estamos en la VII Jornada mundial de la juventud 1992. Como tema para este año he elegido las palabras de Cristo: *"Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio" (Mc 16, 15)*. Estas palabras, dirigidas a los Apóstoles, llegan, mediante la Iglesia, a todo bautizado. Como es fácil notar, se trata de un tema íntimamente

relacionado con el del año pasado. El mismo Espíritu que nos ha hecho hijos de Dios, nos impulsa a la evangelización. De hecho, la vocación cristiana implica una misión.

A la luz del mandato misionero que Cristo nos ha confiado, se ven con más claridad el significado y la importancia de las jornadas mundiales de la juventud en la Iglesia. Participando en estos encuentros, los jóvenes confirman y fortalecen el propio "sí" dado a Cristo y a su Iglesia, repitiendo, con las palabras del profeta Isaías, "He-me aquí: envíame" (Is 6, 8). Este fue exactamente el significado del rito del envío realizado en Czestochowa, cuando entregué a algunos de vuestros representantes cirios encendidos, invitando a todos los jóvenes a llevar la luz de Cristo al mundo. Sí, en Jasna Góra —en la Montaña Luminosa— el Espíritu Santo encendió una luz que es signo de esperanza para la Iglesia y para toda la humanidad.

2. La Iglesia, por naturaleza, es una comunión misionera (cf. *Ad gentes*, 2). Constantemente trata de vivir este impulso misionero que ha recibido del Espíritu Santo en el día de Pentecostés: "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos" (Hch 1, 8). En efecto, el Espíritu Santo es el protagonista de toda la misión eclesial (cf. *Redemptoris missio*, III).

Como consecuencia, también la vocación cristiana está proyectada hacia el apostolado, hacia la evangelización, hacia la misión. Cristo llama a cada bautizado a ser su apóstol en el propio ambiente de vida y en todo el mundo: "Como el Padre me envió, también yo os envío" (Jn 20, 21). Cristo, a través de su Iglesia, os confía la misión fundamental de comunicar a los demás el don de la salvación y os invita a participar en la construcción de su reino. Os elige

a pesar de los límites que cada uno tiene, porque os ama y cree en vosotros. Este amor de Cristo, incondicional, debe ser el alma de vuestro apostolado, según las palabras de san Pablo: "el amor de Cristo nos apremia" (2 Co 5, 14).

Ser discípulos de Cristo no es algo privado. Al contrario, el don de la fe hay que compartirlo con los demás. Por eso, el mismo Apóstol escribe: "Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!" (1 Co 9, 16). No olvidéis, además, que la fe se fortalece y crece cuando se comunica a los demás (cf. *Redemptoris missio*, 2).

3. "Id por todo el mundo".

Las tierras de misión, en las que tenéis que trabajar, no están situadas necesariamente en los países lejanos, sino que se encuentran en todo el mundo, también en vuestros ambientes cotidianos. En los países de más antigua tradición cristiana hay hoy una urgente necesidad de hacer resplandecer el anuncio de Jesús a través de una nueva evangelización, pues todavía hay muchas personas que no conocen a Cristo, o lo conocen poco; y otras, influidas por los mecanismos del secularismo y de la indiferencia religiosa, se están alejando de él (cf. *Christifideles laici*, 4).

El mismo mundo de los jóvenes, queridos míos, constituye para la Iglesia contemporánea una tierra de misión. Son por todos conocidos los problemas que atormentan los ambientes juveniles: la caída de los valores, la duda, el consumismo, la droga, la delincuencia, el erotismo, etc. Pero, al mismo tiempo, todo joven tiene una gran sed de Dios, aunque a veces ésta se esconde detrás de una actitud de indiferencia o incluso de hostilidad. ¡Cuántos jóvenes, deso-

rientados e insatisfechos, fueron a Czestochowa para dar un sentido más profundo y decisivo a su propia vida! ¡Cuántos fueron desde lejos —no sólo geográficamente—, incluso sin haber recibido el bautismo! Tengo la certeza de que, para la vida de muchos jóvenes, el encuentro de Czestochowa fue una forma de "preparación evangélica"; para algunos hasta significó un cambio esencial, una ocasión de auténtica conversión.

¡La mies es mucha! Pero, aunque hay muchos jóvenes que buscan a Cristo, hay todavía pocos apóstoles capaces de anunciarlo de modo creíble. Se necesitan muchos sacerdotes, maestros y educadores en la fe, y también jóvenes animados por el espíritu misionero, ya que son los jóvenes quienes "deben convertirse en los primeros e inmediatos apóstoles de los jóvenes, ejerciendo el apostolado entre sí" (*Apostolicam actuositatem*, 12). Esta es una pedagogía básica de la fe. Por lo tanto, ¡esta es vuestra gran tarea!

El mundo de hoy lanza muchos desafíos a vuestro compromiso eclesial. Concretamente, la caída del sistema marxista en los países de Europa centro-oriental y la consiguiente apertura de numerosos países al anuncio de Cristo, constituye un nuevo signo de los tiempos al que la Iglesia tiene que dar una respuesta adecuada. Al mismo tiempo la Iglesia busca los caminos para superar las barreras de distinta naturaleza que todavía existen en otros muchos países. Son indispensables la fuerza y el entusiasmo que vosotros, queridos jóvenes, podéis ofrecer a la Iglesia.

4. "Proclamad el Evangelio"

Anunciar a Cristo significa, sobre todo, ser sus testigos con la vida. Se trata de la forma de evangelización más simple y, al mismo tiempo, más eficaz para vosotros. Consiste en mani-

festar la presencia visible de Cristo en la propia existencia a través del compromiso cotidiano y la coherencia con el Evangelio en cada elección concreta. Hoy el mundo necesita testigos creíbles. Vosotros, queridos jóvenes, que tanto amáis la autenticidad en las personas y que casi instintivamente condenáis todo tipo de hipocresía, estáis dispuestos a ofrecer a Cristo un testimonio limpio y sincero. Testimoniad, por tanto, vuestra fe, también a través de vuestro compromiso en el mundo. El discípulo de Cristo nunca es un observador pasivo e indiferente frente a los acontecimientos. Al contrario, se siente responsable de la transformación de la realidad social, política, económica y cultural.

Además, anunciar significa también proclamar, llevar la Palabra de salvación a todos. Muchas personas rechazan a Dios por ignorancia. De hecho, todavía se conoce poco la fe cristiana, pero al mismo tiempo hay un profundo deseo de escuchar la palabra de Dios. Y la fe nace de la escucha. San Pablo escribe: "¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique?" (Rm 10, 14). Anunciar la palabra de Dios, queridos jóvenes, no incumbe sólo a los sacerdotes o a los religiosos, sino también a vosotros. Debéis tener la valentía de hablar de Cristo en vuestras familias, en vuestro ambiente de estudio, de trabajo o de diversión, animados por el mismo fervor de los Apóstoles, cuando afirmaban: "Nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" (Hch 4, 20). Tampoco vosotros podéis callar! Existen lugares y situaciones a los que sólo vosotros podéis llevar la semilla de la palabra de Dios.

No tengáis miedo de hablar de Cristo a quien todavía no lo conoce. Cristo es la verdadera respuesta, la más completa, a todas las preguntas que se refieren al hombre y a su

destino. Sin él, el hombre es un enigma sin solución. Tened, por lo tanto, ¡la valentía de proponer a Cristo! Ciertamente, hay que hacerlo con el debido respeto a la libertad y conciencia de cada uno, pero hay que hacerlo (cf. *Redemptoris missio*, 39). Ayudar a un hermano o a una hermana a descubrir a Cristo, camino, verdad y vida (cf. *Jn* 14, 6), es un verdadero acto de amor hacia al prójimo.

Hablar de Dios hoy no es fácil. Muchas veces se encuentra un muro de indiferencia, y también una cierta hostilidad. Cuántas veces tendréis la tentación de repetir con el profeta Jeremías: "¡Ah, Señor! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho". Pero Dios responde siempre: "No digas 'soy un muchacho', pues a donde quiera que yo te envíe irás" (cf. *Jr* 1, 6-7). Por tanto, no os desalentéis, porque no estáis solos. El Señor nunca dejará de acompañaros, como prometió: "Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final del mundo" (*Mt* 28, 20).

5. "Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio".

El tema de la VII Jornada mundial de la juventud también os invita a mirar la historia de los pueblos y, en particular, la historia de su evangelización.

En algunos casos se trata de una historia muy antigua; en otros es una historia reciente. Pero es maravilloso el dinamismo con el que las Iglesias más jóvenes crecen en la fe, enriqueciendo el patrimonio espiritual de toda la Iglesia universal.

Con ocasión de esta Jornada, muy queridos jóvenes de todo el mundo, os invito a reflexionar, a la luz de la fe, sobre las figuras de los apóstoles y misioneros, sobre los primeros que llevaron la cruz de Cristo a vuestros países. Tratad de sacar de su ejemplo el

celo y el valor necesarios para afrontar mejor los retos de nuestro tiempo.

Como signo de gratitud por el don de la fe que han llevado a los pueblos, estad dispuestos a asumir personalmente la responsabilidad de la herencia de la cruz de Cristo. Estáis llamados a transmitirla a las generaciones futuras.

En este momento quiero dirigir una llamada especial a los jóvenes del continente latinoamericano, donde este año se celebra el V Centenario de la primera evangelización. Este acontecimiento, de gran importancia para toda la Iglesia, es para vosotros un motivo para dar gracias al Señor por la fe que os ha dado y para renovar vuestro compromiso frente a los desafíos de la nueva evangelización, en el umbral del tercer milenio.

6. Con la publicación de este mensaje, se abre el camino de preparación espiritual para la celebración de la próxima Jornada Mundial de la juventud, que os reunirá alrededor de vuestros obispos, el Domingo de Ramos.

Pero el carácter ordinario de la celebración no puede significar un compromiso menor. Por eso, os invito a vosotros, jóvenes, a los animadores de la pastoral juvenil y a los responsables de los movimientos, asociaciones y comunidades eclesiales, a intensificar el esfuerzo, para que este camino se transforme en una verdadera escuela de evangelización y de formación apostólica.

Espero que muchos jóvenes y muchas jóvenes, animados por un sincero celo apostólico, quieran consagrar su propia vida a Cristo y a la Iglesia como sacerdotes, religiosos y religiosas, o como laicos dispuestos también a dejar el propio país para ir a donde escasean los obreros de la viña de Cristo. Escuchad, por tanto, con atención la voz del Señor, que hoy no cesa

de llamar del mismo modo que llamó a Pedro y a Andrés: "Venid conmigo y os haré pescadores de hombres" (*Mt* 4, 19).

Al aproximarnos al año dos mil, la Iglesia siente la exigencia de un nuevo impulso misionero y, por este motivo, queridos jóvenes, tiene mucha esperanza en vosotros. No os olvidéis de dar gracias todos los días al Espíritu Santo, que continúa encendiendo tantas llamas de compromiso apostólico en la Iglesia de hoy. Las comunidades parroquiales vivas y dinámicas constituyen un terreno muy fértil, lo mismo que las asociaciones, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades que crecen y se difunden con tanta abundancia de carismas, sobre todo en los ambientes juveniles. Esto es un nuevo soplo que el Espíritu Santo infunde en nuestro tiempo: ¡cómo quisiera que esto entrara en

la vida de cada uno de vosotros!

Confío a María Reina de los Apóstoles, la celebración de la Jornada mundial de la juventud 1992. Que ella os enseñe que no hacen falta gestos extraordinarios para llevar a Jesús a los otros. Sólo es necesario tener un corazón lleno de amor hacia Dios y hacia los hermanos, un amor que impulse a compartir los tesoros inestimables de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Durante el camino de preparación a la VII Jornada mundial de la juventud, os acompañe, queridos jóvenes, mi especial bendición apostólica.

Vaticano, 24 de noviembre de 1991, solemnidad de nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo.

PARA LA XXV JORNADA
MUNDIAL DE LA PAZ

"CREYENTES EN LA CONSTRUCCION DE LA PAZ"

1. El primero de enero próximo se celebrará, como en años anteriores, la Jornada mundial de la paz, que en esa fecha cumplirá el veinticinco aniversario de su institución. Es muy natural que en esta ocasión mi pensamiento se dirija con la admiración y gratitud de siempre a la amada figura de mi venerado predecesor Pablo VI que, con feliz intuición pastoral y pedagógica, quiso invitar a todos "los verdaderos amigos de la paz" a unirse para reflexionar sobre este "bien primario" de la humanidad.

A distancia de un cuarto de siglo, es igualmente natural mirar al pasado en su conjunto, para verificar si verdaderamente ha progresado o no la causa de la paz en el mundo, y si los dolorosos acontecimientos de los últimos meses —algunos, por desgracia, todavía en curso— han representado un retroceso sustancial al mostrar hasta qué punto es real el peligro de que la razón humana se deje dominar por

egoísmos destructores o por antiguos odios. Al mismo tiempo, la progresiva consolidación de nuevas democracias ha devuelto las esperanzas a pueblos enteros, despertando la fe en un diálogo internacional más fecundo y abriendo la perspectiva a la deseada pacificación.

En este contexto de luces y sombras, este Mensaje anual no quiere ser ni un balance ni un juicio, sino sólo una nueva y fraterna invitación a reflexionar sobre las vicisitudes humanas del momento, para elevarlas hacia una *visión ético-religiosa*, en la cual los creyentes deben ser los primeros en inspirarse. Estos, precisamente por su fe, están llamados —individual y colectivamente— a ser mensajeros y constructores de paz. Como los demás y más que ellos, están llamados a buscar con humildad y perseverancia las respuestas adecuadas a las expectativas de seguridad y libertad, de solidaridad y participación que unen a los hombres en un mundo, que se está haciendo, por así decir, cada vez más pequeño. Ciertamente, trabajar en favor de la paz atañe a toda persona de buena voluntad; por esto los diversos Mensajes han sido dirigidos a todos los miembros de la familia humana. Sin embargo, *este deber es urgente para cuantos profesan la fe en Dios y más aún para los cristianos, que tienen como guía y maestro al "Príncipe de la paz"* (cf. Is 9, 5).

NATURALEZA MORAL Y RELIGIOSA DE LA PAZ

2. La aspiración a la paz es inherente a la naturaleza humana y se encuentra en las diversas religiones. Se manifiesta en el deseo de orden y tranquilidad, en la actitud de disponibilidad hacia los demás, en la colaboración y coparticipación basadas en el respeto recíproco. Estos valores, derivados de la ley natural y explicitados por las religiones, exigen para su desarrollo la aportación solidaria de todos: políticos, dirigentes de Organismos internacionales, empresarios y trabajadores, grupos asociados y ciudadanos privados. Se trata de un deber concreto para todos, que obliga aún más si son creyentes, pues testimoniar la paz, trabajar y orar por ella es propio de un comportamiento religioso coherente.

Esto explica el porqué, incluso en los libros sagrados de las diversas religiones, la referencia a la paz ocupa un puesto de relieve en el ámbito de la vida del hombre y de sus relaciones con Dios. En efecto, mientras que para nosotros los cristianos Jesucristo. Hijo de Aquel que tiene "pensamientos de paz, y no de aflicción" (Jr 29, 11), es "nuestra paz" (Ef 2, 14), para los hermanos hebreos la palabra "shalom" expresa augurio y bendición en un estado de armonía del hombre consigo mismo, con la naturaleza y con Dios, y para los fieles musulmanes el término "salam" es tan importante que constituye uno de los nombres divinos más bellos. Se puede decir que una vida religiosa, si se vive auténticamente, debe producir frutos de paz y fraternidad, pues es propio de la religión fortalecer cada vez más la unión con la divinidad y favorecer una relación cada vez más solidaria entre los hombres.

REAVIVAR EL "ESPIRITU DE ASÍS"

3. Convencido del consenso en torno a este valor, hace cinco años me dirigí a los responsables de las Iglesias cristianas y de las grandes religiones del mundo para invitarlos a un *encuentro especial de oración por la paz*, que se celebró en Asís. El recuerdo de aquel acontecimiento significativo me ha sugerido llamar de nuevo la atención sobre el tema de la solidaridad de los creyentes en esta causa común.

En Asís se congregaron, procedentes de los diversos continentes, los líderes espirituales de las principales religiones. Aquello fue un testimonio concreto de la dimensión universal de la paz, como confirmación de que ésta no es solamente el resultado de hábiles negociaciones político-diplomáticas o de compromisos económicos interesados, sino que depende fundamentalmente de Aquel que conoce el corazón de los hombres y orienta y dirige sus pasos. Como personas comprometidas por el destino de la humanidad, ayunamos juntos, intentado expresar así nuestra comprensión y solidaridad con los millones de personas que son víctimas del hambre en todo el mundo. Como creyentes que siguen con interés las vicisitudes de la historia humana, peregrinamos juntos, meditando en silencio sobre nuestro origen común y sobre nuestro común destino, sobre nuestras limitaciones y responsabilidades, sobre las demandas y aspiraciones de tantos hermanos y hermanas que esperan nuestra ayuda en sus necesidades.

Lo que entonces hicimos orando y mostrando nuestro decidido compromiso por la paz en la tierra, debemos continuar haciéndolo ahora. Debemos mantener vivo el genuino "espíritu de Asís", no sólo por un deber de coherencia y fidelidad, sino también por ofrecer a las generaciones futuras un motivo de fundada esperanza. En la Ciudad del "Poverello" iniciamos juntos un camino que debe proseguir, sin excluir por ello la búsqueda de otras vías y nuevos medios para consolidar la paz sobre fundamentos espirituales.

LA FUERZA DE LA ORACION

4. Sin embargo, antes de recurrir a los medios humanos quiero subrayar la necesidad de una oración intensa y humilde, confiada y perseverante, si se quiere que el mundo se convierta finalmente en una morada de paz, pues la oración es la fuerza por excelencia para implorarla y obtenerla. Ella infunde ánimo y sostiene a quien ama y quiere promover dicho bien según las propias posibilidades y en los variados ambientes en que vive. La oración, mientras impulsa al encuentro con el Altísimo, dispone también al encuentro con nuestro prójimo, ayudando a establecer con todos, sin discriminación alguna, relaciones de respeto, de comprensión, de estima y de amor.

El sentimiento religioso y el espíritu de oración no sólo nos hacen crecer interiormente, sino que incluso nos iluminan sobre el verdadero significado de nuestra presencia en el mundo. Se puede decir también que la dimensión religiosa nos impulsa a trabajar con mayor dedicación en la construcción de una sociedad ordenada donde reine la paz.

La oración es el vínculo que nos une de forma más eficaz, pues en ella se realiza el encuentro de los creyentes cuando se superan desigualdades, incomprensiones, rencores y hostilidades; es decir, cuando se encuentran en Dios, Señor y Padre de todos. La oración, como expresión auténtica de la recta relación con Dios y con los demás, es ya una aportación positiva para la paz.

DIALOGO ECUMENICO Y RELACIONES INTERRELIGIOSAS

5. La oración no ha de ser, sin embargo, el único lugar de encuentro sino que debe ir acompañada por otros gestos concretos. Cada religión tiene su visión propia sobre los actos que hay que realizar y los caminos que hay que recorrer para alcanzar la paz. La Iglesia católica, mientras afirma abiertamente su identidad, su doctrina y su misión salvífica para todos los hombres, "no rechaza nada de lo que